

A portrait of Erich Mühsam, a man with a full dark beard and glasses, wearing a dark suit and a red tie. He is looking slightly to the right. The background is a light blue wall with a large red diagonal stripe. The entire image is framed with a green border.

Agustín Souchy

# ERICH MÜHSAM

Su vida, su obra, su martirio

Erich Mühsam (1878-1934) persona destacada del movimiento anarquista, nace en Berlín en 1878 y pronto es conocido como poeta y dramaturgo. En Munich forma un grupo local de la Liga Socialista de Landauer. En su revista *Kain* (1911-1914) propaga las ideas anarquistas.

Partícipe destacado de la revolución bávara de los consejos, vencida ésta, es declarado culpable de alta traición en julio de 1919, y condenado a quince años de cárcel en una fortaleza. Liberado en 1925, continúa su actividad hasta que, detenido en 1933 por los nacional-socialistas, es llevado al campo de concentración de Sonnenburg donde es maltratado y torturado, y el 9 de julio de 1934, es estrangulado en su celda del campo de concentración de Oranienburg.

Augustin Souchy, anarcosindicalista alemán, participó en la revolución española y en 1937 escribió *Colectivización, la obra constructiva de la revolución española*. En 1934 escribió este homenaje a Mühsam que editó *Tierra y Libertad*.

Augustin Souchy

**ERICH MÜHSAM**

**Su vida, su obra, su martirio**

La presente edición reproduce la que hizo en su tiempo Ediciones de "Tierra y Libertad", Barcelona, en *Cuadernos de Educación Social*.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## **CONTENIDO**

I. EL AMBIENTE SOCIAL ALEMÁN

II. EL HOMBRE Y EL ESCRITOR

III. MÜHSAM Y LA REVOLUCIÓN BÁVARA DE LOS CONSEJOS

IV. EL PENSAMIENTO DE MÜHSAM

V. EL MARTIRIO DE ERICH MÜHSAM

## I. EL AMBIENTE SOCIAL ALEMÁN

Menos desarrollado que en otros países, el anarquismo en Alemania no ha podido producir más que unos pocos combatientes y pensadores. La socialdemocracia estatolatra aplastó todo pensamiento libertario; sus representantes no eran gentes combativas; han preferido describir las luchas que hicieron los demás.

Aparte de Lassalle, el que tuvo tal vez más cualidades militantes, aun cuando culminasen en la colaboración con las clases dirigentes, ni Karl Marx, ni Friedrich Engels, ni tampoco Kautsky o Cunow pueden ser considerados militantes en el verdadero sentido de la palabra. La revolución alemana de noviembre de 1918 se prestaba quizás para crear un nuevo tipo revolucionario del movimiento obrero, pero la socialdemocracia estatal, autoritaria y en pacto con la burguesía, sofocó todos los ensayos para educar personalidades libres, revolucionarias.

Incluso entre los mártires de la revolución alemana hay pocas figuras realmente revolucionarias. Hubo entre los que cayeron, sin duda, en noviembre de 1918, fuertes personalidades, pero entre los conocidos, no merecen siempre el nombre de

combatientes aquellos a quienes el azar puso al frente de un ministerio, desde donde se expusieron y atraieron el odio de los reaccionarios. Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Leo Jogisches, Leviné, y tal vez también Kurt Eisner y Gareis, eran excepciones en el país de la socialdemocracia, cuyo jefe, Ebert, según confesión propia, "odiaba la revolución como la peste", y, en consecuencia, no odiaba a nadie más intensamente que a los revolucionarios. No hay que buscar, pues, militantes revolucionarios en la socialdemocracia alemana, ya que en ella no se preparó el terreno para que pudieran manifestarse.

Si se quieren buscar figuras idealistas en la historia del movimiento obrero alemán, hay que volver al tiempo de la ley contra los socialistas y durante su vigencia. Un August Reinsdorf, un Johann Most eran hombres que iban más allá de los estrechos cercos del partido en su pensamiento y en su acción. En el dominio puramente teórico existió, hace casi un siglo, un Max Stirner, y luego su sucesor poético, Henry Mackay, cuya audacia de pensamiento no ha sido alcanzada hasta aquí; pero, hombres que reuniesen la teoría y la práctica de la lucha revolucionaria, como Kropotkin en Rusia, Malatesta en Italia, Proudhon en Francia, eran raros en Alemania.

En nuestro período se destacan dos personalidades que tal vez en un próximo futuro puedan ser contados entre los clásicos del movimiento anarquista de Alemania: Gustav Landauer y Erich Mühsam. Si aquél se puede aproximar a Proudhon, este último, de acuerdo a su naturaleza, estaría más cerca de un Bakunin trasplantado a las condiciones alemanas. Ambos procedían de la burguesía, no del proletariado. Se puede constatar que un gran número, si no la mayoría de los

llamados guías del proletariado militante, proceden de las filas de la pequeña y mediana burguesía, incluso hasta de la alta burguesía algunos. Todos los grandes revolucionarios rusos, desde Lavrov sobre Bakunin, Alejandro Herzen hasta Kropotkin y Lenin, procedían de la nobleza o de la burguesía, y pasaron por los establecimientos de instrucción burgueses. Lo mismo vemos en Alemania, en Francia y en otros países. Marx nació en una familia judía de rabinos con un buen medio burgués; Lassalle procedía de grandes comerciantes judíos; Engels era un industrial, y sólo Bebel, y de los más viejos Johann Most, y antes aún Weitling, tuvieron su cuna en el proletariado o en la pequeña burguesía; en cambio, gran número de teóricos socialistas, por su origen y su naturaleza estuvieron ligados a la burguesía. También Landauer y Erich Mühsam eran descendientes de la burguesía. Uno, del sur de Alemania; el otro, de la costa. Ambos disfrutaron de la instrucción clásica y, según la voluntad de sus padres, debían seguir carreras liberales. Pero ambos tomaron el camino hacia el proletariado.

Fue en el tiempo de la ley contra los socialistas y poco después cuando apareció en Alemania la oposición contra la socialdemocracia oficial, oposición que se rebeló contra la adaptación de la política y la táctica del partido a la burguesía y a las clases dominantes. Esa oposición de los "jóvenes" tomó su alimento espiritual del movimiento socialista de los países latinos, más revolucionarios y menos parlamentaristas, y recogió los hilos, al fin, del ala bakuninista de la primera Internacional; luego, también los del movimiento anarquista floreciente entonces en Francia, que se apoyaba en los nombres de los hermanos Reclus, de Kropotkin, de Jean Grave y otros.

En Alemania se desarrollaron dentro del movimiento opositor de los jóvenes y de éste muy pronto dos alas o corrientes que tomaron caminos distintos, menos por su actitud espiritual, que por su finalidad práctica. Una corriente, que encontró principalmente sus representantes en los intelectuales, puso el centro de gravedad de la actuación en el campo espiritual. Surgió un movimiento de jóvenes escritores dirigido por los hermanos Hart, Bruno Wille, Gustav Landauer, Benedikt Friedlander, a los que se reunieron también Arno Holz y Gerhart Hauptmann. Era el período en que estuvieron de moda en Alemania los dramas de crítica social de Ibsen, cuyas obras, sin embargo, no permitía la policía representar. Con el apoyo de los trabajadores berlineses fundaron los escritores y artistas un movimiento en favor de un teatro libre, que no quedó en manera alguna en la estética formal, sino que puso la crítica social en el centro de su acción, y se sirvió con ese fin de la forma literaria, artística y teatral. En el movimiento tomó parte activa Gustav Landauer, el maestro espiritual de Mühsam. El segundo campo de actuación de ese círculo era la lucha contra el poder moral de la iglesia. Con fogosidad juvenil, y con una energía de extraordinario alcance, procedió ese movimiento contra el puritanismo y contra la omnipotencia de la iglesia estatal. Era la época del naturalismo, y se inició una propaganda intensiva contra los dogmas cristianos anticuados. En poco tiempo logró hacer salir de las iglesias del Estado centenares de millares de personas. Con eso fue sacudida fuertemente también la creencia en la autoridad querida por Dios de la clase temporal de los dominadores.

La otra parte de la oposición actuó en el terreno sindical. Era en la época de la fundación de las Asociaciones centrales

alemanas. Los jefes de la socialdemocracia querían tener en las organizaciones obreras sindicales su base de masas y un dócil instrumento para sus aspiraciones parlamentarias. Ese partido propagaba que el socialismo sería creado por sí mismo mediante el Estado popular libre, cuando, llevado el partido por las grandes masas a las cimas del Poder, hubiese alcanzado la mayoría en el Parlamento. Como consecuencia de esa actitud, la política parlamentaria se convirtió en la palanca, en la parte más importante del movimiento obrero total, y los Sindicatos habían de subordinar sus fines a la política parlamentaria del partido. Contra eso, se levantó la oposición, que defendía el punto de vista que los Sindicatos debían ser escuelas del socialismo. Los opositores combatían también la centralización del Poder en manos de las comisiones directivas de las asociaciones, con lo cual, por una parte, el partido aspiraba a conseguir sus fines políticos y, por otra, se ponían trabas a las acciones puramente económicas de los trabajadores. Cuando, más tarde, apareció la propaganda de la huelga general para las exigencias económicas obreras, defendida particularmente por el Dr. Friedeberg, buscó la presidencia socialdemócrata del partido y la Comisión general de los Sindicatos el modo de poner esa forma de la acción directa de los trabajadores, por la formulación de la huelga política de masas, al servicio de la propaganda electoral y de la conquista del sufragio universal, igual, secreto y directo.

Ambas corrientes de oposición, la centrada más bien en la propaganda intelectual y la dirigida sobre todo a la liberación económica del proletariado, se encontraron, sin embargo, en muchos puntos, y avanzaron hacia un objetivo común. En la Alemania imperial, el militarismo se había convertido en un

poder terrible, a cuya influencia no pudo substraerse del todo la socialdemocracia. August Bebel, jefe reconocido del partido, era hijo de un suboficial, que no combatió el militarismo como tal, sino sólo ciertas degeneraciones del mismo, en nombre de su partido. También Wilhelm Liebknecht, el padre del Liebknecht asesinado en la revolución, defendía en los 70 del siglo XIX, el Estado militar prusiano, en donde veía el baluarte contra el imperio zarista del knut. "Si hubiera una guerra contra Rusia, llevaría todavía el fusil al hombro, a mis años" –declaró August Bebel en el Reichstag alemán. Y no es pura casualidad el que Bebel, que representaba a la socialdemocracia en el Comité militar del Reichstag, haya encontrado su sucesor en Gustav Noske, el mariscal de la reacción alemana contra el movimiento obrero.

La oposición en el movimiento obrero alemán, impulsada por su oposición combativa y su finalidad, fue asumiendo cada vez más claramente un carácter anarquista. Se pronunció contra el parlamentarismo, contra el militarismo, contra la opresión intelectual por el clero y se recomendaron los medios de la acción directa, defendiendo la autonomía de los grupos y el desarrollo de la iniciativa de los individuos. La oposición de los intelectuales quería una nueva vida cultural sin intervención del Estado; la oposición sindical de los localistas tendía a hacer de los Sindicatos, en el sentido de la primera Internacional, vehículos de las funciones económicas de la sociedad socialista.

El desarrollo de esa oposición fue interrumpida por la I guerra mundial. Durante la revolución, fueron aplacadas por un breve tiempo las grandes diferencias entre las diversas corrientes. En el levantamiento revolucionario, y

especialmente en la República bávara de los Consejos, no sólo se han unido las tendencias sindicalistas y anarquistas, sino que tuvo lugar, también, una fecunda cooperación entre el Partido Socialdemócrata Independiente, surgido durante la guerra mundial, y los representantes del movimiento anarquista.

No tardó mucho sin que el movimiento de oposición de los jóvenes se desarrollara con toda claridad como un movimiento anarquista que aspiraba a reunir todas las fuerzas que luchaban fuera del Partido Socialdemócrata por la emancipación económica, social y espiritual del proletariado. Dentro de ese movimiento anarquista, apareció un hombre que figuró por sus cualidades intelectuales y por la magnitud de su personalidad en primera línea. Era Gustav Landauer. De las diversas corrientes del movimiento anarquista, quedó al fin victoriosa la del comunismo anárquico. Gustav Landauer, que habla estudiado esmeradamente las escuelas socialistas de Inglaterra y de Francia, se decidió por P.J. Proudhon, el más grande de todos los socialistas libertarios. Para adquirir influencia práctica, fundó Landauer una "Sozialistischen Bund". Al margen del Partido Socialdemócrata y de los Sindicatos, quería Landauer reunir a todos los socialistas que tuvieran el deseo de librarse de la coacción del Estado y de la explotación capitalista y quisieran realmente comenzar a vivir una vida socialista. Contra las doctrinas de la socialdemocracia, según las cuales el socialismo maduraría como fruto del árbol del desenvolvimiento capitalista y vendría por si mismo después de la bancarrota forzosa del orden social capitalista, pero que sin ese desarrollo del capitalismo no podría realizarse. Frente a esas doctrinas, expresó Landauer, en su obra clásica "Incitación

al socialismo" <sup>1</sup>, el sencillo pensamiento de que el socialismo no está ligado a una determinada forma económica y sería posible siempre que los hombres lo quisieran con toda energía—. Si el socialismo fue "elevado" por los marxistas a la categoría de "ciencia", se esforzó Landauer por volverlo a bajar de la cátedra a la vida real, por aproximarlos a los hombres. Incitaba a los trabajadores a no esperar a que el año jubilar marxista hiciese feliz a la humanidad como consecuencia de la acumulación del capital y después de la expropiación de los expropiadores, sino que hicieran el comienzo viviendo en socialismo. Si los marxistas han dicho siempre que el hombre es producto de las condiciones del ambiente, Landauer dirigió la atención de sus contemporáneos, con la pasión del lenguaje por él magistralmente dominado, sobre el hecho que las condiciones históricamente consolidadas resultan al fin de la conducta de los hombres, y que un cambio en el comportamiento recíproco tiene que llevar finalmente a condiciones nuevas. El socialismo era, por eso, para Landauer, "la tendencia de la voluntad de hombres unidos por un ideal para crear algo nuevo". Con esas palabras inicia su famosa *Incitación al socialismo*, que apareció por primera vez en 1908, pero luego tuvo nuevas ediciones durante la revolución de noviembre y en los años subsiguientes.

Ese llamado al socialismo, encontró eco sólo en una pequeña parte del proletariado alemán; las grandes masas estaban todavía en los cuadros espirituales de la socialdemocracia. Incluso en el movimiento anarquista, encontró sólo un reconocimiento parcial la "Sozialistische Bund" fundada por

---

<sup>1</sup> Edición española, Nervio, Buenos Aires, y Publicaciones Mundial, Barcelona, 1930.

Landauer. Pero en algún sector encontró Landauer aprobación entusiasta. Erich Mühsam ingresó en la "Sozialistische Bund" y fundó en Munich un grupo local de la misma. Desde entonces estuvo al lado de Landauer, y militó con él; ambos tuvieron una actuación preeminentemente en la revolución de Baviera, después de cuya derrota Landauer fue asesinado bestialmente por los esbirros del socialdemócrata Noske, que era ministro de la Guerra en Berlín. Mühsam, arrestado unos días después, escapó entonces al terrible destino de su amigo y maestro. Fue condenado a quince años de prisión, pero catorce años más tarde cayó también víctima de la reacción, asesinado no menos cruel y bestialmente que Gustav Landauer.

Más de treinta años estuvo Erich Mühsam, conocido y estimado por el proletariado consciente de Alemania, en posición visible del movimiento anarquista, en el que ocupó un puesto particular. Su acción, sus ideas ingeniosas expuestas en lenguaje perfecto, le convirtieron en uno de los más conocidos representantes del anarquismo alemán. Su desenvolvimiento, su vida y su acción, sus ideas y su espantoso destino, deben reflejarse en las páginas que siguen.

## II. EL HOMBRE Y EL ESCRITOR

Erich Mühsam nació el 6 de abril de 1878 en Berlín, hijo de un propietario de farmacia, de origen judío. A las seis semanas fue llevado a Lübeck por los padres. Se deseaba que el niño fuese farmacéutico para que entrase en el negocio y tuviese así asegurada una existencia material. Concurrió en Lübeck al Kathrineum. Allí fue castigado por agitación socialista. El bachillerato lo hizo en Parchim, Schlewig–Holstein, y después entró a practicar la farmacia en Lübeck.

Obtenido su título de idoneidad ingresó en la farmacia de su padre. Pero mientras el joven farmacéutico hacía mixturas, ambulaban sus pensamientos por el dominio de la poesía, del teatro, de la literatura y finalmente de la política combativa. Eso hizo que un día cambiase dos recetas. En sus venas circulaba la sangre hirviente de un Pegaso; no tenía espíritu para quedar junto a las retortas y se rebelaba contra todo achatamiento mental. Lo inundaba todo con la sátira mordaz que brotaba de su espíritu. La composición de drogas era una ocupación demasiado aburrida para el ansia del joven fogoso, que no sentía en esa manipulación satisfacción alguna. Después de su desatención, que habría podido tener fatales consecuencias, interrumpió el mozo la carrera a que le

destinaba su padre. Se dedicó a estudios literarios, y gracias al celo y a la dedicación que puso en evidencia, se convirtió pronto en un profundo conocedor no sólo de la literatura contemporánea, sino también de la literatura filosófica mundial.

Fue farmacéutico hasta los 24 años –según los informes que nos proporciona su compañera, refugiada en Praga después de su trágico fin–, ejerciendo algún tiempo en Berlín, a donde se fue a los 22 años aproximadamente.



Mühsam y su compañera Kreszentia Elfinger

En Berlín entró en contacto con el círculo de literatos y bohemios que se agrupaban en torno a los hermanos Scheerbart. El más viejo de los hermanos, que había conseguido ya fama y consideración, descubrió pronto las brillantes cualidades del joven Mühsam y trabó íntima amistad con él. Ambos intentaron editar una revista satírica común.

Inició después Mühsam una revista humorística por su cuenta, pero la falta de medios hizo que suspendiera su aparición a los pocos números. Ambas publicaciones fueron mejor escritas que el *Simplizissimus* que se fundó poco más tarde en Munich y del que Mühsam fue asiduo colaborador. Tenía 24 años aproximadamente cuando conoció a Gustav Landauer y colaboró ya en el *Sozialist*, destacándose como propagandista contra la socialdemocracia y el parlamentarismo.

En 1906 se fue a Munich, el centro entonces de la Alemania literaria y artística. Allí se reunieron los pintores y literatos más famosos, los hermanos Mann, León Feutchwanger, el dramaturgo Frank Wedekind y muchos otros. En ocasión de algunos viajes a Viena conoció Mühsam a Peter Altenberg y entró en relaciones con los círculos literarios vieneses. Su labor en los primeros tiempos se manifestó en poesías que se publicaron en diversas revistas y en un libro que apareció en 1904 con el nombre de *Die Wüste*. En 1905 estuvo en Ascona, donde encontró anarquistas internacionalmente conocidos, el economista austriaco Gumpowicz, el conocido médico de Zurich, Dr. Brupacher, los hermanos Nacht, Bertoni de Ginebra y otros. Eso contribuyó no poco a su desarrollo hacia el anarquismo.

Nos permitirnos transcribir el siguiente fragmento de una carta de la compañera:

"En 1906 se trasladó Mühsam a Munich. Allí comienza su período más fecundo como poeta. En 1907 se publicó su segundo volumen de versos: *Der Krater*. Era colaborador de *Simplizissimus* y de *Jugend* y apareció en los cabarets con asuntos satíricos de la época para ganarse el pan. Fundó el grupo anarquista "Tat", en Munich. Ese grupo no quedó absolutamente inactivo. En ocasión de la gran desocupación en Munich (1909), confeccionó ese grupo unas octavillas que fueron pegadas en las paredes de la ciudad con este texto: "Desocupados, salid de las buhardillas! ¡Reuníos en Marienplatz! En pie y demostrad mudamente contra vuestra miseria." El día fijado se verificó esa demostración muda en Munich y paralizó completamente el tráfico a su paso. Los socialdemócratas repudiaron esa grandiosa demostración diciendo a los obreros: "No os dejéis llevar por provocadores sin escrúpulos." Pero se había logrado que la ciudad iniciase una serie de construcciones y la desocupación desapareció. El grupo "Tat" se había impuesto por misión hacer propaganda entre el llamado *lumpen-proletariat* (el proletariado andrajoso, [sic]). Iniciativa suya fue la acción de entonces contra el consulado español cuando fue fusilado Francisco Ferrer... Después fue Mühsam a Berlín de paso y allí se le arrestó y se le procesó en Munich a él y a sus compañeros por perturbación del orden público. En ese proceso, gracias a la actitud del lumpen-proletariat hubo de ser absuelto por falta de pruebas. En abril de 1911 fundó la revista *Kain*, que apareció regularmente todos los meses hasta agosto de 1914, no obstante las grandes dificultades financieras. Al estallar la

guerra tuvo que suspender la aparición a causa de su lucha antimilitarista y contra el partido estatal de la socialdemocracia, de las polémicas contra el orden social, contra la policía y el puritanismo, pero ante todo contra la censura...

El espíritu del joven poeta no se contentó con la sola actuación literaria. Inmediatamente después del período en que Nietzsche, Ibsen, Tolstoi y Strindberg influenciaron la vida espiritual de Europa, un decenio después que Arno Holz creó el naturalismo en la literatura, con el cual la pobreza y la miseria de la gran ciudad, hasta entonces despreciada por los poetas como demasiado prosaica, se convirtió en objeto de la poesía lírica, ningún artista que aspirase a la libertad y a la veracidad podía dejar inadvertido el problema social. Mühsam reconoció tempranamente que toda creación espiritual y en especial la actuación de los literatos no podía divorciarse de la aspiración progresiva de la humanidad, y particularmente del proletariado, hacia la libertad y la justicia. Desde la primera hora de su labor no perteneció el joven poeta a aquella especie de estetas para quienes arte y literatura están allí por ellos y para ellos. Para Mühsam el arte era medio de expresión de la personalidad que lidiaba espiritualmente, y como la personalidad, tampoco podía desligar de la comunidad su actuación. La creación artística al servicio de la totalidad, en naturalezas sensibles como la de Mühsam, no podía pasar por alto las injusticias de la sociedad actual, la opresión de la personalidad por el Estado y la explotación de las grandes masas por el sistema económico capitalista. Mühsam puso acción literaria de poeta y dramaturgo al servicio de la lucha contra la opresión y la dominación, y lo exigió de los demás

también. Mucho antes de que se pusiera de moda la consigna del arte proletario, en el período anterior a la guerra mundial y antes de la revolución rusa, pedía Mühsam que el arte se pusiera al servicio de la agitación socialrevolucionaria. Fue un precursor del arte político, que especialmente después de las revoluciones de la Europa central fue el centro de toda creación artística.

Como se burlaba Mühsam de los llamados estetas puros con las palabras: "No importa cómo se llaman, locos o decadentes", así fustigaba la educación burguesa, cuyo fin principal consiste en educar a los jóvenes para la caza de la riqueza.

No menos mordazmente atacó el reformismo socialdemócrata, que ya había crecido mucho antes de la guerra. La socialdemocracia alemana tuvo en el primer decenio de este siglo "triunfo sobre triunfo." En toda elección al parlamento tenía nuevo aumento de votos, pero con ese crecimiento perdió cada vez más en contenido socialista; de energía revolucionaria hacia mucho que no se podía descubrir nada en ella. La idea que el socialismo se puede realizar cuando el partido tenga la mayoría en el parlamento tras sí, sofocó toda otra ideología. Mühsam y sus amigos, que no estaban en las filas de los Sindicatos obreros y no pertenecían tampoco al partido, eran en sus opiniones mucho más radicales, en sus ideas y aspiraciones mucho más atrevidos que el gran partido. Era en parte una bohemia literaria que vivía sin prejuicios; se había emancipado de la concepción burguesa del mundo y estaba inspirada por la fe en la revolución social. Mühsam no sólo obraba con la pluma como literato, era también conferencista y recitador generalmente de sus propios versos

en cabarets y en teatros. Fue en un cabaret de Zurich donde Mühsam leyó por primera vez la poesía que se ha hecho famosa sobre el "farolero revolucionario", que desde entonces figura en el conjunto clásico de la poesía revolucionaria alemana. En esa poesía se muestra Mühsam ya el gran artista y creador de la palabra que más tarde le dio tanta fama y le hizo tan temido del adversario. Cambia la palabra "revolucionario" un poco y forma la palabra "Revoluzzer" (algo así como revolucionista, un sentido despectivo) y expresó así por su genio poético creador la actitud inicua y ridícula de la socialdemocracia, que persigue supuestamente fines revolucionarios, pero en realidad tiene miedo a la revolución, miedo ante los propios objetivos que, para eludir la lucha, proyectó en las *calendas graecas*. La socialdemocracia no era un partido de verdaderos revolucionarios, sino de Revoluzzer, falsos, embusteros y a lo sumo fatuos. La poesía habla de un *revolucionista* de oficio farolero que se unió con otros revolucionistas para hacer la revolución. Avanzaban airoso por las calles donde el farolero limpiaba los faroles de gas. Los revolucionarios echaron abajo los postes del alumbrado para hacer barricadas, y el farolero se puso a gritar que se respetasen sus faroles; como no le hicieron caso se retiró amargado a casa para escribir un libro a fin de armonizar la revolución con el respeto y la limpieza de los faroles.

Todo eso dicho en un tono humorístico y de un sarcasmo hiriente.

Por esa época escribió Mühsam su primer pieza de teatro, una obra cómica, *Die Hochstapler*, que apareció en 1906. Antes publicó sus impresiones de Suiza en un escrito que se imprimió

con el pie de imprenta de Ascona. En los años siguientes hizo hablar mucho de sí al mundo artístico de Munich, por su vida libre, pero ingeniosa. Se desarrolló una bohemia en Munich, y Mühsam fue considerado como su cabeza. Ese título se lo debió a su humorismo precioso y a sus chistes certeros. Llevaba una barba obscura y cabello crespo y alborotado, y cuando aparecía en un cabaret se burlaba de los filisteos y de los ciudadanos pacíficos, y fue presentado en todas las caricaturas como el espectro del terror. En torno a su persona se difundían anécdotas, y aun cuando no todo fuese verídico, ello contribuía a que los buenos burgueses uniesen en su imaginación siempre algo monstruoso al nombre de Mühsam. Mencionemos algunas de las anécdotas para mostrar el espíritu que vivía en él.

Cuando se le dijo en un congreso obrero por una corresponsal socialdemócrata: "Pero Erich, hoy tienes un hermoso cuello limpio", respondió sin titubear: "Eso no importa, pequeña, cuando el corazón está sucio". Con esa respuesta desnudó la mentira de la moral burguesa: tras hermosas frases se oculta por lo general el más craso egoísmo, tras la camisa limpia un corazón sucio. Pero el hombre es el mismo, el que es villano no se ennoblece cuando trata de esconder sus villanías tras una apariencia bien cuidada. Eso era lo que decía en su lacónica respuesta.

Después de su primera obra dramática "Die Hochstapler" escribió la pieza satírica con el título "Glaube, Liebe, Hoffnung". En ocasión de una lectura de esa pieza en 1909, por Mühsam, en Berlín, escribió la "Nationalzeitung" sobre ella:

"Erich Mühsam, el conocido lírico, cuyo modo de vida, según parece, ha fijado definitivamente el concepto popular del gitano literario para Berlín, se muestra más intensivamente enamorado del teatro de lo que se habría supuesto. Su primera obra, "Die Hochstapler", es seguida ahora de una segunda... Se trata del desarrollo grotesco de un pastor, de una bien cimentada existencia desarraigada hasta lo aventurero. Se pensará un poco en la gigante "Professor Unrat", de Heinrich Mann. Mühsam ha leído su obra en un círculo de artistas y ha recibido muchos signos de aprobación. Hay que ver ahora cómo juzgará el gran público esa atrevida pieza eróticoburlesca."

Por esa época era Mühsam colaborador de la revista "Morgen", editada por el profesor Werner Sombart, Richard Strauss, el gran historiador literario Georg Brandes y con la colaboración del poeta Hugo von Hoffmansthal, un semanario de la cultura alemana. En ocasión del asunto Eulenburg–Maximilian Harden, un proceso de escándalo que levantó casi tanto revuelo en Alemania como el affaire Dreyfus poco antes en Francia, tomó Mühsam abiertamente parte en favor del famoso publicista Harden y escribió un folleto de defensa con el nombre "Die Jagd auf Harden" en el que deja traslucir sus convicciones anarquistas. Condena allí la doble moral de la sociedad burguesa y se manifiesta en pro de una moral libre, pero responsable. Maximilian Harden, el más importante y más brillante publicista, informó en su revista "Zukunft", sobre ciertos acontecimientos en el ambiente próximo del emperador alemán. Escribió sobre los amigos personales de Guillermo II, el príncipe Eulenburg y el conde Moltke y sobre su "mesa redonda de Liebenberg" y presentó

especialmente las amistades masculinas entre las personalidades nombradas bajo una luz singular. Hubo varios procesos en donde aparecieron a la luz del día historias homosexuales, falsos juramentos, y algunos meses de prisión para Harden, que por lo demás no tuvo que cumplir.

En su folleto sobre este caso, presenta Mühsam, de treinta años, la moral como el acuerdo tácito de la gran mayoría sobre los límites de sus comunes intereses; de la mayoría que en base a su poder físico se llama totalidad. Lo que contrasta con el sentimiento y la voluntad de la masa es inmoral. La voluntad de la mayoría se ha creado recursos para imponerse y asegurarse autoridad incondicional. Son las normas y prescripciones públicas con sus funcionarios del Estado y de la Iglesia. Son las leyes fijadas por escrito, las órdenes, ordenanzas, penas con sus funcionarios de Dios y del rey, sacerdotes, gendarmes y diputados. Mühsam defendió la independencia de la personalidad e hizo propia la frase de Harden sobre la moral sexual: "El concepto de honor públicamente controlable solo llega hasta el ombligo; lo que ocurre más abajo, no importa a extraño alguno de derecha o de izquierda". Frente al gran proceso de costumbres y de escándalo proclamó Mühsam en su lenguaje propio la completa "libertad genital", rechazando así la moral de la propiedad de la sociedad capitalista también en el amor.

Cuando Mühsam durante la huelga de las comunicaciones de Berlín, en otoño de 1932, entró en la redacción de un gran diario berlinés, preguntó a los redactores presentes: "Señores, ¿saben ustedes quien ha organizado la primera huelga de comunicaciones?..." Como no obtuviera respuesta aclaró

Mühsam: "Pues sencillamente, Lisistrata", y se fue entre las risas maliciosas de los redactores.

El período de la ascensión burguesa de la socialdemocracia fue simultáneamente un capítulo de la decadencia de las ideas revolucionarias en el movimiento obrero alemán. Los anarquistas y localistas, después sindicalistas, eran demasiado débiles para impedir el empantanamiento del movimiento obrero. Cuando se hizo público en el ambiente del emperador alemán el conocido escándalo Eulenburg, no fue la socialdemocracia la que se puso a la cabeza de la lucha contra un sistema bestializado. Fue el más grande publicista del imperio alemán, Maximilian Harden, el que levantó el hacha de la lucha en su "Zukunft". Cuando Harden fue perseguido por sus publicaciones y acusado, fue Mühsam el que rompió en su nobleza caballeresca lanzas por Harden, escribiendo el folleto "Die Jagd auf Harden", que apareció en 1908. Con eso se presentó Mühsam al público por primera vez como brillante publicista político, con lo cual no sólo se atrajo las simpatías de todos los hombres de pensamiento liberal, sino también la atención de las autoridades policiales y judiciales.

Fue en esa época cuando Mühsam entró en más íntimas relaciones con Landauer. Este, lo mismo que Mühsam, un escritor distinguido, estaba ligado con los más fuertes lazos al proletariado. Hacia ya un par de decenios que estaba en la lucha por el socialismo libertario. Junto a su actuación literaria, la actividad principal de Landauer era la propaganda de la ideología anarquista en el proletariado alemán. Mühsam encontró en él un compañero de armas y un amigo, al que quedó fiel hasta el trágico fin de Landauer. Mühsam era

anarquista por su sentimiento y por su ímpetu interno de libertad, antes de conocer las ideas anarquistas. El partido socialdemócrata y los sindicatos estaban demasiado cargados con el peso burocrático para que Mühsam pudiera adherirse a ellos. La idea de la necesidad del Estado fue rechazada por él; consideraba dañino y corruptor el parlamentarismo; combatía el militarismo. Con esas opiniones no había puesto ninguno para él en las filas de la socialdemocracia estatalmente patentada. En cambio, los opositores en todos los dominios le interesaban mucho más y estaban más cerca de sus pensamientos. Cuando Gustav Landauer pronunció en 1909 su conferencia, que después se hizo famosa bajo el nombre de "Incitación al socialismo", fue Mühsam uno de los primeros y más entusiastas que se pusieron de parte de Landauer. Lo que Landauer dijo hace treinta y cinco años al proletariado alemán no había sido recibido de afuera. Landauer habla vivido desde hacía más de veinte años en el movimiento obrero y allí había combatido; era el reconocimiento de una experiencia de veinte años lo que resonaba en él y le imponía el derecho y el deber de hablar y de incitar al socialismo. Mühsam estaba desde hacía varios años en el círculo espiritual de las mismas ideas que Landauer proclamó, y continuó siendo uno de los portavoces más ingeniosos de la interpretación landaueriana del socialismo.

Landauer utilizó la palabra socialismo, pero le daba un sentido completamente libertario. La anarquía era para él la parte negativa, la negación de las formas actuales de dominio de la sociedad que se expresan en el Estado y el capitalismo y que son conservadas con ayuda de un sistema de opresión y de explotación centralista. Había que derribar esas formas y poner

en su lugar nuevas formas socialistas. El socialismo era para él la parte positiva; significa reconstrucción libertaria de la sociedad humana. De particular valor en la *Incitación* de Landauer era la crítica al marxismo, que revistió en formas clásicas y que aun hoy es aceptada por los obreros socialdemócratas decepcionados.

Landauer exhortó a la formación de asociaciones socialistas. Esas asociaciones debían terminar al fin con la eterna cooperación en los parlamentos, con los capitalistas y con el Estado; debían declarar la lucha a toda la sociedad capitalista en todos los dominios de la vida social, colocarse simultáneamente fuera de la vida capitalista y entregarse realmente a la edificación de la vida socialista.

Erich Mühsam formó en Munich un grupo local de la Liga Socialista de Landauer, como hemos visto ya. En sus cuadros pronunció conferencias ante los rechazados de la sociedad, ante el proletariado andrajoso, y les predicó el derecho a la vida, de que la sociedad les privaba. Esas conferencias fueron señaladas como subversivas contra el orden social autoritario y el fiscal cimentó un proceso contra Mühsam. En ese tiempo compuso la canción de la huelga general, que todavía hoy sigue siendo una de las canciones más vigorosas del proletariado revolucionario de Alemania. Fue cantada con la melodía de la canción francesa: "Nous ne voulons ni Dieu ni maître", pero con un texto independiente. En un tiempo en que en el movimiento obrero alemán se discutía en pro o en contra de la huelga general, echó mano Mühsam del arpa y cantó al proletariado alemán la canción que perdurará siempre y será como un manifiesto ardiente en pro de la huelga general.

En su revista *Kain* (1911–14) debía expresar la lucha contra un orden social que según él había salido de la generación de Caín. Esa revista fue escrita desde la primera a la última línea por él sólo. Bajo el título podía leerse: "No se desea colaboración. Todos los artículos proceden de la pluma del editor". Esa revista mensual se ocupaba de crítica social, de teatro y de crítica artística. Pero superó el carácter crítico y propagó también las ideas anarquistas. Tenía la ventaja de encontrarse en todos los kioscos y librerías de las estaciones y era leída por un gran público, que de lo contrario nunca habría pensado en leer escritos anarquistas. La originalidad, el espíritu y el humorismo del editor y su fama como crítico teatral y como poeta festivo se habían difundido en toda Alemania; Erich Mühsam pertenecía ya al mundo literario e ideológico alemán. Después de un decenio de actuación no solo se había hecho conocido, sino que había contribuido no poco a hacer conocer las ideas anarquistas en un campo más vasto del que habría sido accesible sin él a la propaganda anarquista.

En ese espíritu actuó Mühsam como inquietador y descubriendo inexorablemente con su crítica mordaz los males del orden social capitalista hasta el estallido de la guerra. En julio de 1914 hubo de suspender la publicación de su *Kain*. Su mentalidad no cambió, como la de muchos de sus colegas literarios. Permaneció fiel a sus ideales e intentó continuar también durante la guerra la lucha contra el militarismo. Pero se le opuso un mundo de incompreensión. Quedó primero solo, con pocos amigos anarquistas, especialmente con Gustav Landauer, en contacto permanente. Más tarde, cuando la I guerra mundial no quería terminar todavía, aumentó el descontento hacia los gobernantes y se encontraron

compañeros que se pusieron a su lado. Aspiraba a ganar a un número de personalidades conocidas para una acción en favor de la paz. La policía tuvo noticias y la consecuencia fue que durante la guerra fue colocado bajo vigilancia policial.

Pero llegó en 1918 el derrumbamiento en los frentes, y con él la revolución y para Mühsam fue una nueva fase de su actividad, un nuevo capítulo de la lucha en su vida tempestuosa.

### III. MÜHSAM Y LA REVOLUCIÓN BÁVARA DE LOS CONSEJOS

Ya durante la guerra mundial intentó Mühsam ganar las diversas personalidades de izquierda para un movimiento de paz sin indemnizaciones ni sanciones. A causa de esa actividad fue finalmente detenido. Cuando estalló la revolución rusa, se declaró con toda su pasión en favor de los obreros y campesinos revolucionarios de Rusia. Confiaba en que una revolución en Alemania terminaría con la gran matanza. Y trabajó por esa revolución, siendo en ella una fuerza impulsiva.

No existe hasta aquí una historia completa de la revolución alemana. Menos aún de la República de los Consejos de Baviera, que fue uno de los capítulos más importantes y más significativos de esa revolución. Lo que tenemos en descripciones, procede del campo de los reaccionarios, de los socialdemócratas o de los comunistas. De los socialistas libertarios y de los anarquistas que colaboraron intensamente en la revolución bávara, nada histórico se ha escrito, por desgracia.

Por eso es grato que el compañero Mühsam, que ha sido uno de los hombres más activos en la revolución de Baviera, haya hablado de sus experiencias en la época de la revolución o,

como él mismo dice, dado un "informe personal de cuentas desde Eisner a Leviné".

Erich Mühsam fue declarado culpable de alta traición el 12 de julio de 1919 por el tribunal de Munich y condenado a quince años de fortaleza. El 20 de diciembre de 1924 fue libertado del fuerte de Niederchonefeld; la pena se le había reducido a ocho años y se le concedió libertad provisoria por el resto del tiempo. El 14 de julio de 1928 entró en vigor la ley de amnistía nacional. Mühsam quedó libre y la administración bávara de la justicia se vio forzada a entregarle el material que le había retenido hasta entonces. Mühsam entró así en posesión de sus manuscritos, entre los que se encontraba el que comentamos.

El escrito de Mühsam refleja solo sus experiencias. Quiere desmentir las acusaciones que habían promovido contra él los comunistas y con ese fin, por consejo de alguno de sus compañeros de prisión, escribió ese folleto y lo hizo remitir a Lenin, el cual, como notifica Mühsam, lo ha recibido y, lo leyó. El escrito es digno de leerse y precioso para todo el que quiera formarse una idea de las condiciones que llevaron a la proclamación de la república bávara de los consejos.

Como este análisis es destinado a los lectores no alemanes, a quienes no se les supone conocedores del alemán y en condiciones de leer el folleto mismo, queremos dar un breve resumen de la situación de Baviera hasta el momento de la proclamación de la República de los Consejos.

La compañera de Mühsam nos escribe sobre aquellas jornadas:

"En 1918, cuando estallaron las primeras huelgas de los obreros de las municiones, Mühsam fue solicitado una mañana de marzo por los obreros de la Krupp y saludado alegremente: "Erich, ven a hablar a los obreros de las fábricas de municiones". Lo que aceptó con gran entusiasmo. Mühsam, Eisner, Fechenbach y Unterleitner, que era herrero en las fábricas Krupp, hablaron ante las diversas fábricas y se formó una demostración. Eisner fue arrestado, lo mismo que Fechenbach y Unterleitner. Luego organizó Mühsam la marcha contra la policía con el anarquista Sondheimer para libertar a los presos. Al día siguiente fueron Mühsam y Sondheimer detenidos en sus domicilios y transportados a domicilio forzoso en Trautstein, donde hubieron de quedar hasta el 5 de noviembre de 1918. Eisner estaba ya libre el 3 de noviembre.

Hubo un mitin en Trefler (Munich), donde habló el profesor Max Weber, de Heidelberg, por la defensa nacional. Erich fue admitido como primer orador en la discusión. Como tal gritó: "¡Abajo la guerra! ¡Exigimos la paz!", etc. El mitin salió con nosotros al Hackerkeller. Allí habló Eisner. En otros lugares habló Auer. Como los locales estaban tan repletos se resolvió, a pesar del invierno, que los oradores hablaran desde las gradas del Bavaria al Theresienwiese. Allí hablaron solo Eisner y Auer. El primero, contra la guerra; el segundo, por una demostración en favor de la paz. Mühsam gritó una sola palabra: *¡Revolución!* A la que respondieron Eisner y Auer: "No os dejéis provocar por esas palabras". Y se aceptó la propuesta de los socialdemócratas, para reunirse el 7 de

noviembre en el Theresienwiese en una demostración contra la defensa nacional y por la paz. Ese día no había en Munich un solo negocio abierto. Burgueses y obreros se reunieron en el Theresienwiese en muchedumbres humanas enormes. Hablaron Auer y Eisner. Una manifestación pacífica hacia el Friedensengel. Mientras hablaban ambos oradores, apareció en el Bavaria un marinero herido, desenvolvió una enorme bandera roja y gritó: "¡Viva la revolución!". Erich, algunos amigos y yo quedamos como deslumbrados ante la aparición del marinero. "Vamos con él –dijo Mühsam–, esos son los "traidores a la patria". Y nos unimos a ese marinero revolucionario. En el mar humano perdimos a los soldados. Fuimos con los amigos en la demostración hasta Maximilianstrasse... Llegamos al cuartel de los Turcos, el regimiento personal del rey. Allí encontramos de nuevo a nuestros soldados. Tenían ya un camión y su gran bandera. Eran unos diez hombres. Mühsam subió al camión y gritó: "¡Baviera es república! ¡El rey es destronado!". Y los soldados, cansados de la guerra abandonaron su cuartel. Fuimos con ese regimiento de un cuartel a otro y todos cayeron sin lucha. Nuestra tropa fue recibida entusiásticamente. El último cuartel, el 2 de infantería, se defendió, pero hubo de rendirse y Mühsam comprendió después que había sido una falta dejar a esos hombres neutrales. Mientras los soldados revolucionarios asaltaban los cuarteles, Eisner se hacía nombrar presidente de ministros en la cervecería Maltheser. Mühsam observó: "Hemos proporcionado los fuegos de artificio para el señor presidente de ministros".

Desde entonces comienza la lucha de los radicales contra los moderados, de los revolucionarios contra los socialdemócratas..."

La revolución estalló en Munich dos días antes de la revolución en Berlín, el 7 de noviembre de 1918. Se formó un consejo de obreros y soldados que ha sido el puntal más firme de la revolución bávara hasta abril de 1919. Los socialdemócratas formaron de inmediato un gobierno en el que Kurt Eisner fue presidente de ministros. El Consejo de los obreros revolucionarios se había reservado el derecho a la cooperación, y al segundo día de su existencia recibió en sus filas a Mühsam y poco después a Gustav Landauer, los dos conocidos ya antes de la guerra como anarquistas. Más tarde, por iniciativa del Consejo de obreros revolucionarios (RAR) se formó un Consejo obrero por elecciones de los Consejos de fábricas. Se procedió en todo el país a la elección de Consejos de obreros, campesinos y soldados. El Consejo obrero de Munich resolvió en su primera sesión, bajo el impulso de las fuerzas libertarias, no admitir en su seno funcionarios a sueldo del partido o de los sindicatos. Fue un golpe contra el partido socialdemócrata y contra los sindicatos reformistas, y en el curso de los acontecimientos se agudizaron cada vez más las disidencias entre las diversas corrientes del proletariado. Los miembros del RAR pertenecían en su mayoría al partido socialdemócrata independiente. En el seno del proletariado existían: Primero, el partido socialdemócrata; segundo, el partido socialdemócrata independiente, tercero, el partido comunista, y cuarto, la tendencia anarquista, que ciertamente no tenía tras sí ninguna organización. El partido comunista no existía aún al estallar la revolución, sino que se formó después

en el curso de los acontecimientos revolucionarios. En cambio existía la Liga espartaquista, en donde actuaban los comunistas. Erich Mühsam formó, junto con algunos de sus compañeros, una Asociación de Internacionalistas Revolucionarios de Baviera, que tuvo en los primeros tiempos de la revolución las simpatías de grandes masas de trabajadores, hasta que su influencia fue decreciendo al crecer el partido comunista.

El gobierno estaba en manos de los socialdemócratas, que en acuerdo con el partido socialdemócrata nacional, propiciaban la Asamblea nacional. Eisner, el presidente de ministros, temía, sin embargo, la resistencia del RAR contra las elecciones a la Asamblea nacional, e hizo detener el 10 de enero de 1919 a doce personalidades conocidas del RAR y del partido comunista, entre ellas a Erich Mühsam y a Leviné, el jefe del partido comunista de Munich. Debido a esas detenciones, Kurt Eisner perdió su prestigio entre los obreros de Munich; pero no por eso se captó el aprecio de la burguesía. Eisner era pacifista y se opuso al chauvinismo alemán y al militarismo. Por eso fue asesinado más tarde por el conde Arco. Sin embargo Eisner tuvo que ceder esta vez a la presión de las masas obreras y puso en libertad a los detenidos. El asesinato de Eisner se llevó a cabo el 20 de febrero de 1919. Esa era una señal para que el proletariado procediese más radicalmente que hasta entonces frente a los contrarrevolucionarios. La fama de la República de los Consejos era cada vez más grande, pero no se consiguió consolidarla. El Congreso de los Consejos se compuso de representantes de todas las tendencias del proletariado y cuando el 28 de febrero se presentó una proposición fundamentada por Mühsam para proclamar la República de los

Consejos de Baviera, recibió sólo la aprobación de 70 delegados contra 234. En cambio decidió el Congreso reconocer la Dieta, en donde los socialdemócratas estaban en mayoría.

Contra las exigencias de los obreros revolucionarios de Munich, se convocó el 7 de marzo una conferencia por los socialdemócratas independientes de Berlín de común acuerdo con los socialistas de la derecha y la Liga campesina moderada; en esa conferencia se adoptó un compromiso para dar satisfacción a todos los sectores.

Ese compromiso exigía a la Dieta un ministerio socialista y los Consejos de obreros y soldados. Los obreros revolucionarios no estuvieron de acuerdo con eso y continuaron exigiendo la proclamación de la República de los Consejos. Esa exigencia se hizo más sonora y ruidosa cuando el 21 de marzo llegó a Munich la noticia de la proclamación de la República de los Consejos de Hungría. El gobierno se puso nervioso y confió apaciguar a las masas obreras mediante las proposiciones del ministro de la socialización Neurath. Pero no logró hacer desistir a las masas de su demanda de una república de Consejos.

El partido comunista no se había presentado hasta entonces. Mühsam, según su propia exposición, era nombrado siempre orador de ese partido, aunque no pertenecía a él, extremo que acentuaba siempre. En los días de marzo de 1919, el partido comunista hizo caer a Mühsam. Pero en las semanas siguientes tuvieron lugar los acontecimientos trágicos de la revolución bávara.

El 4 de abril, o el día anterior, el proletariado de Ausburg declaró la huelga general, reclamando la proclamación en Baviera de la República de los Consejos. Envióse un delegado, de nombre Niekisch, a Munich, a fin de incitar al gobierno a proclamar la República de los Consejos. El gobierno de Munich, compuesto por socialdemócratas mayoritarios y por socialistas independientes, estuvo completamente de acuerdo con la proposición y se dispuso a formar con todas las demás tendencias del proletariado una República de Consejos obreros según el modelo de la de Hungría. Tuvieron lugar algunas sesiones preparatorias de miembros del RAR y el gobierno, donde se hizo saber que la contrarrevolución quería dar un golpe de fuerza para oponerse a los planes de socialización proyectados por Neurath. El partido comunista no estuvo presente en las deliberaciones donde se trató de la proclamación de la República de los Consejos, y tampoco después envió representantes oficiales. Las líneas generales de la República de los Consejos fueron propuestas y las personas que debían funcionar como comisarios del pueblo fueron elegidas. Los socialdemócratas querían que los que eran ministros hasta entonces fuesen en lo sucesivo comisarios del pueblo. Landauer y Mühsam no estuvieron de acuerdo. Por fin se resolvió el problema de las personas. Se proclamaría un gobierno provisorio de Consejos en el que debían participar los socialdemócratas mayoritarios, los independientes, los comunistas y los anarquistas. Landauer tenía que asumir el cargo de comisario de la Instrucción Pública. Pero como los representantes del partido comunista no aparecieron, la sesión se postergó.

En la noche del 4 de abril se volvieron a reunir los

representantes de los partidos y tendencias nombrados. Durante los debates llegó una delegación del partido comunista –de personas de Berlín hasta entonces completamente desconocidas– declarando que su partido no participaría en el gobierno de los Consejos. Mühsam supone que ese partido quería el poder completo en sus manos para ejercer una dictadura partidista, no el poder de todo el proletariado. Esa declaración del partido comunista valió a los representantes del socialismo mayoritario para proponer que se postergara la sesión. Manifestaron que en vista de la situación creada por la actitud del partido comunista proponían una postergación de la proclamación de la dictadura de los Consejos por 48 horas. En vano intentaron Landauer y Mühsam convencer a la asamblea del peligro de esa postergación; la mayoría aprobó la propuesta de los socialdemócratas.

El 6 de abril se reunió otra vez la asamblea de los partidos. Pero no estuvo presente ninguno de los ministros socialdemócratas, sino solo algunos representantes del partido. En cambio los independientes habían enviado sus representantes más destacados, entre los que se encontraba también Ernst Toller. El RAR estaba presente en pleno, mientras que el partido comunista faltó de nuevo. Algunos miembros del RAR, que eran al mismo tiempo miembros de ese partido, se declararon dispuestos a colaborar, aún cuando su partido no lo hiciera. En esa asamblea se resolvió definitivamente la proclamación de la República de los Consejos. Como miembros del Consejo provisorio de comisarios del pueblo, fueron elegidos: Dr. Lipp, socialista independiente, para el Exterior; Soldmann, socialista

independiente, para los Asuntos Internos; Paulkum, socialista independiente, para el Tráfico; Kübler, miembro del Consejo campesino, para la Justicia; para las Finanzas, Silvio Gesell, bien conocido como anarquista y fisiócrata, pero especialmente a causa de su teoría del dinero, apoyada en Proudhon; para el Bien Público, Hagenmeister, independiente; para la Instrucción Pública, Gustav Landauer, anarquista, y para los Asuntos Militares, el socialista independiente Killer.

La República de los Consejos fue proclamada el 7 de abril, un lunes. Pero el hecho de que ni los socialistas mayoritarios ni los comunistas estuvieran con ella por completo, dio a la proclamación un carácter muy precario desde el comienzo. Mühsam informa que se había decidido que los miembros prominentes del RAR, el día de la proclamación de la República de los Consejos hablarían en diversos puntos de Munich y se daría a la jornada el tono de una festividad. Pero en la proclamación ocurrieron ya acontecimientos ingratos que hicieron pensar que los trabajadores no concurrían de todo corazón y que la burguesía no temía de ningún modo a esa república, pues vio el desacuerdo en el campo del proletariado y comprendió que esa magnificencia no duraría mucho.

Ese gobierno solo estuvo seis días en funciones. Los socialistas mayoritarios habían formado en Bamberg un contragobierno y azuzaban al país contra la República de los Consejos de Munich. Mientras que en el Sur de Baviera el gobierno de los Consejos adquiría cada vez más prosélitos, en el Norte las simpatías se redujeron a causa de la campaña de calumnias de los socialistas mayoritarios y de la burguesía. En Würzburg se llegó ya el 5 de abril a choques armados entre los

partidarios de la República de los Consejos y la burguesía, siendo vencido el proletariado y arrestados los partidarios de la República de los Consejos. Los obreros de Munich trataron de salvar todavía la situación, y convocaron una asamblea de todos los Consejos de fábrica, en la que se exhortó a la unidad de todo el proletariado y se lanzaron proclamas en ese sentido. Pero los comunistas se mantuvieron siempre a distancia. En la noche del 13 de abril fue detenido Mühsam con un cierto número de republicanos de los Consejos, llevado a la estación y transportado al Norte de Baviera. Cuando lo supieron los obreros de Munich y asaltaron la estación para libertar a sus compañeros, era demasiado tarde.

Hasta allí alcanza la descripción de Mühsam. Da un fiel reflejo de su actividad...

Después del arresto de los miembros del RAR y de muchos miembros del gobierno de los Consejos, éste no pudo continuar. Los comunistas habían alcanzado lo que se proponían. Formaron ellos solos un nuevo gobierno, que contaba menos que el anterior con la adhesión del proletariado.

Contra ese gobierno llamaron los socialistas mayoritarios y la burguesía en su ayuda al Reich. El gobierno nacional envió a Noske, que avanzó con sus tropas contra Munich y arrojó del poder al gobierno comunista de los Consejos. Landauer no había tomado parte ya en el segundo gobierno de los Consejos, pero era odiado por los reaccionarios como ningún otro. Fue asesinado de un modo bestial por las tropas invasoras como uno de los adversarios más peligrosos de la burguesía. Cayó

Leviné, y un gran número de revolucionarios hubieron de sufrir los furores de la reacción. Así terminó la revolución bávara.

Erich Mühsam trata a los comunistas en su escrito muy moderadamente. Habla mucho de las propias faltas tácticas y opina que los comunistas habían marcado la orientación más apropiada. Reproduce entre otras cosas, una conversación con Axelrod, en la que éste dice que los comunistas no fueron partidarios de la primera República de los Consejos porque no se había preparado suficientemente. Si esa hubiera sido la causa, los oradores comunistas, con Leviné a la cabeza, habrían debido exponerla abiertamente en la asamblea definitiva. En cambio, según la descripción de Mühsam, no dicen más que frases banales, gritando contra los socialdemócratas con quienes no querían colaborar. De esa táctica escisionista del partido comunista resultaron entonces las grandes dificultades que condujeron a un deplorable debilitamiento del proletariado. El folleto de justificación y de defensa de Mühsam es un acta de acusación contra el partido comunista, que ya entonces, cuando estaba todavía en pañales, cuando tan solo existía desde hacía algunos meses, aspiraba con criminal arrogancia a la soberanía absoluta, a una absurda dominación que calificaba con presunción ridícula de dictadura del proletariado, pero que en realidad solo podía ser la dictadura del propio partido sobre el proletariado. Mühsam nos ha mostrado, sin quererlo, en todo caso sin proponérselo, cómo el partido comunista perseguía solo su propio interés de partido, aún con el peligro de escindir en los momentos más decisivos de la revolución las fuerzas del proletariado.

Podemos sacar de ahí la conclusión que el proletariado es

vendido y traicionado siempre que se confía a un partido político y que la revolución social solo es eficazmente fomentada cuando sabe mantenerse libre e independiente de toda influencia y de toda política partidista.

Dentro del movimiento anarquista, después de la revolución rusa, después de los acontecimientos en Hungría, Baviera, Alemania, Italia, Argentina y España se ha discutido el problema sobre el comportamiento de los anarquistas en una revolución. Que anarquistas y anarcosindicalistas tienen que tomar parte activa en los levantamientos revolucionarios, sobre eso no hay divergencia de opinión. Esta se produce tan sólo en el problema sobre lo que ha de hacerse cuando los revolucionarios resultan victoriosos en las luchas revolucionarias. Si el pueblo entero estuviese tras los anarquistas y siguiera sus consejos, entonces el problema se resolvería sencilla y rápidamente. Pero como hasta aquí los anarquistas han sido siempre solo una minoría –y lo serán tal vez también por mucho tiempo en el futuro– deben resolver cómo han de conducirse respecto de las demás tendencias del proletariado revolucionario.

Bakunin fue toda su vida, y en todos los movimientos revolucionarios en que participó, de la opinión que los elementos antiautoritarios tendrían que colocarse a la cabeza y dirigir la lucha revolucionaria. La consecuencia de esto es que en períodos revolucionarios también los anarquistas lanzan decretos y tienen que atender con la fuerza armada a su cumplimiento. Para asegurar las insurrecciones revolucionarias los anarquistas, en las semanas o meses siguientes a la victoria, han de tomar medidas revolucionarias que aquellos para

quienes fueron tomadas han de sentir como presión y coacción. La libertad de la personalidad cesa en ese período para los contrarrevolucionarios y para sus adeptos. Los anarquistas pueden llegar en tales condiciones fácilmente a un conflicto con sus convicciones. Realmente aquí hay en cierto sentido una tragedia interna del anarquismo.

Malatesta, discípulo de Bakunin, retrocedió, al menos en sus últimos años, ante esa última consecuencia. Cuando la Italia revolucionaria en 1919 y 1920 vio en él al salvador y al liberador y lo aclamó como tal; cuando las grandes masas de los trabajadores creían que sería para Italia lo que fue Lenin para Rusia: el jefe elegido del pueblo revolucionario, tuvo que desilusionar a las masas. El no quería ser jefe ni dictador revolucionario. Defendió el punto de vista que no era misión de los anarquistas crear después de la revolución para todo el pueblo formas económicas y políticas de vida unitarias. Eso podían hacerlo comunistas y socialistas. Misión de los anarquistas era combatir, incluso bajo las condiciones creadas por la revolución, siempre contra la instauración de nuevas autoridades y por la libertad.

Por el llamado plataformismo, que ha sido defendido por Archinoff de la manera más clara y concisa dentro del movimiento anarquista, apareció el problema bajo otro aspecto. Destacó para las anarquistas la necesidad de crear una fuerte organización revolucionaria, según el modelo y la naturaleza del partido bolchevista de Rusia. Esa organización debe tomar después en sus manos el aseguramiento de la revolución y también la organización de la nueva sociedad libre en el dominio económico, cultural y social.

Para los anarcosindicalistas de Alemania el problema se presentó bajo otra luz. Habitantes de un país altamente industrializado, con extraordinaria concentración de la vida industrial en algunos dominios, el aseguramiento de la alimentación al día siguiente de la revolución tenía que ser el asunto más importante. Elaboraron una especie de esquema, según el cual por las federaciones de los Sindicatos obreros que se extendían por todo el país y abarcaban todas las ramas de industria en la vida económica, debía procurarse que al día siguiente del estallido de la revolución hubiera pan para todos. Luego sería menor el peligro de la contrarrevolución; y la necesidad de tomar medidas coactivas, que indudablemente tenía que implicar una lesión del principio de las libertades personales, quedaría reducida a bien poca cosa.

Un punto de vista idéntico adopta Alejandro Berkman en un libro que hasta ahora solo apareció en idioma inglés: *Now and After*. Sostiene que la violencia que ha de aplicarse será tanto menor cuanto mejor sea el aprovisionamiento del pueblo con artículos alimenticios, en lo cual partía principalmente de las experiencias de la revolución rusa. En mi libro publicado en 1920 *Wie lebt der Arbeiter und Bauer in Russland*, he sostenido idéntica opinión. Señalaba allí que la consigna favorecida por los comunistas en Ucrania: "El que no trabaja no come", que en realidad fue menos cumplida que por nadie por la burocracia soviética, suscitaba incompreensión en la población y llevaba a muchos al campo de la contrarrevolución. Un mínimo de medios de vida debe ser garantizado a cada uno después de la revolución.

Pero la opinión de los anarcosindicalistas alemanes así como

el punto de vista de Berkman y el defendido por mí mismo deja a un lado el verdadero problema. El problema del empleo de la violencia revolucionaria y de la opresión de los elementos y conspiraciones contrarrevolucionarias no queda resuelto por ello. Los elementos contrarrevolucionarios no toman su fuerza sólo de motivos y factores puramente materiales, sino también morales.

Los anarquistas en la República bávara de los consejos fueron forzados a tomar una posición práctica ante ese problema. Después de haber sido asesinado el 21 de febrero Kurt Eisner, se tomaron en Munich una serie de rehenes en aquellos círculos que pertenecían al movimiento contrarrevolucionario. La socialdemocracia hizo en el Congreso de los Consejos el 6 de marzo la proposición de libertar incondicionalmente a los rehenes detenidos. Fue Gustav Landauer, hacia el cual incluso la prensa burguesa tuvo que testimoniar atención por su alta cultura y su importancia para la literatura alemana, el que pronunció un apasionado discurso contra la proposición socialdemócrata, discurso que aprobó en todo Erich Mühsam. Dijo Landauer:

"La toma de rehenes en situaciones críticas de la sociedad se ha hecho siempre. Y sería ridículo decir que vivimos en una sociedad ordenada. ¿Qué nos impide eso? Estamos aún bajo el peligro de la contrarrevolución. Yo no la temo, pero me defiendo contra ella. Soy partidario de que se defienda contra ella en tanto exista el peligro, en tanto sea necesario... La palabra que ha dicho el ex ministro de la guerra Hellingrath a uno que había sido detenido: "Ahora va dureza contra dureza", tiene que valer

probablemente para nosotros también en la lucha contra la contrarrevolución... No considero justo que se apele a nuestra compasión y que se diga: "Dejad libres a los rehenes". Antes debemos saber cómo estamos... Hay que sentir mucho con el sentimiento proletario para no derrochar la compasión con ese círculo de Krees von Kressenstein y demás. Si llegase el momento, que puede bien venir, en que el pobre burgués, que hasta aquí era rico burgués, fuera constreñido por las circunstancias, digo por las circunstancias, a barrer las calles, a limpiar los canales, entonces sería posible que alguien que no es capaz ya de sentir con los proletarios, vertiese hacia ellos su compasión. Yo diría que he tenido siempre compasión de los proletarios que fueron forzados a través de decenios a esa labor, y tengo compasión por las víctimas de la sociedad, sean ladrones, estafadores, pillos de toda especie; por las víctimas de nuestras condiciones sociales que sufren en las prisiones convertidos en delincuentes habituales; y si tuviese, además, una gotita de compasión sobrante, lo que no sé ahora, puedo tener también compasión por Kress von Kressenstein, Buttman y el editor Lechmann, que fueron tomados como rehenes. Por ahora no tengo puesto para esa compasión en mi corazón por lo demás bastante amplio, porque se me rompe de compasión ante la miseria de los proletarios, ante la miseria de los desocupados... En tanto que no sepamos que no estamos amenazados, en tanto que tengamos que luchar contra una tribu desconocida e innominada de aristócratas, burgueses y conspiradores, no podemos caer en brazos del Consejo Central... Yo sé que en Bamberg se ha pedido por los partidos burgueses en primer lugar la

liberación de los rehenes, en segundo lugar el viejo monopolio capitalista de la prensa –no se han expresado así, pero han dicho naturalmente: "La libertad de prensa debe ser restablecida"...

Ese discurso de Gustav Landauer, que Erich Mühsam ha reimpresso en mayo de 1929, en ocasión del décimo aniversario del asesinato de Landauer, no sólo es aprobado en todo aspecto por Mühsam, sino que al mismo tiempo plantea el problema de la actitud de los anarquistas en la revolución desde el aspecto práctico. Que justamente fuera Gustav Landauer el que pronunciase tal discurso, cuando poco antes en su obra "Briefe aus der französischer Revolution" citaba a Lavater, que se manifiesta contra las ejecuciones en la revolución francesa en nombre de la libertad, con legítima indignación moral, muestra más que nada que la revolución también obliga a los anarquistas a recurrir a medios que en tiempos no revolucionarios rechazarían.

Erich Mühsam era bakuninista en el sentido que considera absolutamente necesaria la formación de un ejecutivo revolucionario para el período de la revolución y quería atribuir también a ese ejecutivo el poder de lanzar decretos y de realizarlos, para que las conquistas revolucionarias en el terreno económico, político y social puedan ser defendidas y fortificadas.

La actitud de los anarquistas en una próxima revolución estaría tal vez en el centro entre los puntos de vista de Malatesta y de Archinoff. Los anarquistas y anarcosindicalistas tendrán que aspirar a ejercer el mayor influjo posible en el

desenvolvimiento revolucionario por la participación en los Comités de todos los dominios de la formación social, los que han de ser orientados por la revolución en una ruta nueva, económicamente igualitario y políticamente libertaria para las clases hasta aquí explotadas y oprimidas.

En este sentido eran bakuninistas Mühsam y Gustav Landauer, el admirador de Proudhon, actuando en la República bávara de los Consejos; y esa disposición revolucionaria y esa actividad ha dejado Mühsam como testamento a la joven generación del movimiento anarquista. Si avanza por ese camino experimentará el anarquismo una nueva regeneración y colmará la esperanza de los que, después del derrumbamiento obrero por la socialdemocracia y el bolchevismo, buscan nuevos ideales y nuevos objetivos.

Después que Mühsam fue libertado en marzo de 1925, de la fortaleza de Niederchonefeld, en Baviera, donde había estado encerrado casi seis años, se fue a Berlín. Millares y millares de obreros se reunieron en la estación para saludar al superviviente de la República bávara de los Consejos, que tuvo que pagar caramente su actuación en pro del proletariado y de la revolución, después que ésta, con la ayuda de la socialdemocracia y solo por ella, fue sangrientamente reprimida.

Para Mühsam era difícil encontrarse en la nueva situación. Cuando en 1919 se cerraron tras él las puertas del presidio, se encontraba Alemania todavía en fermentación revolucionaria. El primer ensayo de los obreros y campesinos revolucionarios de fundar una República socialista de consejos, se estrelló ante

las fuerzas de la reacción apoyadas por la socialdemocracia; la reacción había conseguido la primera victoria sobre la revolución, pero el país no estaba aún en calma; las potencias del junkerismo y de la industria se sentían amenazadas todavía en su posición de predominio, aunque se habían salvado con ayuda de la socialdemocracia alemana en los meses críticos de 1918, pasando de la Monarquía a la República democrática; la fuerza del proletariado revolucionario no estaba totalmente quebrantada. Cuando en 1920, un año después de la caída de la República bávara de los consejos, la reacción con la brigada Ehrhard, con Ludendorff, Luttwitz y bajo la dirección del famoso Kapp, intentó el primer golpe en gran escala para restaurar los viejos poderes políticos, el movimiento obrero fue todavía capaz de parar a ese putsch reaccionario, por una huelga general brillantemente ejecutada y por la resistencia armada, un fin inesperado y una derrota. Un año más tarde estalló la rebelión del centro de Alemania. Fue abatida, pues no fue ya la acción de toda la clase obrera unida, sino una acción particular de los comunistas, emprendido a iniciativa de Moscú y en interés de la política exterior rusa. Se produjo todavía un año más tarde la formación del llamado gobierno obrero de Sajonia, en el que estaban representados los socialdemócratas independientes y los comunistas. Contra ese gobierno envió el ministro socialdemócrata de la defensa nacional, Noske, tropas de la Reichswehr. También Turingia fue ocupada con tropas del ejército, porque allí los obreros no querían contentarse con un cambio de las personas representativas del Estado y con la introducción del sufragio universal.

El que vivía en el pueblo y advertía diariamente la resistencia con que chocaba el proletariado, sabía que la revolución estaba

definitivamente enterrada. Tampoco había que esperar una reavivación de las acciones revolucionarias por Rusia. Pero otra cosa tenía que aparecer el mundo a aquellos que desde los días de la revolución habían perdido el contacto con el mundo exterior y estaban forzados a reanimar en su fantasía las jornadas revolucionarias, para mantener en pie la asociación entre la silenciosa vida de la prisión y el pasado.

Así ocurrió que no solo Mühsam, sino todos los que, como él, estuvieron muchos años encerrados, al recuperar la libertad llenaban el presente y el futuro primeramente con los acontecimientos del pasado. Cuando nosotros, los compañeros de ideas y de lucha de Mühsam, hacía mucho que considerábamos vendida y traicionada y por tanto terminada la revolución de 1919, para él todavía era fuego y llama. Al salir de la prisión, volvió a proseguir su propaganda revolucionaria partiendo del mismo punto en que había tenido que dejarla. Fundó un año después de su liberación la revista mensual *Fanal*, que al comienzo era una publicación propia, pero después fue portavoz de la Unión Anarquista. En esa revista propagaba sólo sus pensamientos anarquistas, mientras que sus publicaciones de antes de la guerra servían todavía a fines literarios. Mühsam había pasado por el fuego purificador de la revolución. La emancipación del Proletariado, que le había interesado tanto antes y que durante la revolución ha sido su verdadero objetivo vital, se ha convertido ahora en el contenido de la vida. La mayoría de los artículos de su revista proceden de su propia pluma. Sus artículos sobre los acontecimientos del día estaban escritos con una elegancia que difícilmente se encontraría en el resto de la Prensa de izquierda. Pero sabía poner siempre, en la consideración de

todos los sucesos políticos y económicos, en escena su punto de vista anarquista, que para él era punto de partida y estímulo. La forma literaria irreprochable y el brillante estilo de sus ensayos en *Fanal* atrajeron la atención de un gran público sobre sus trabajos, de manera que no sólo los compañeros de ideas, sino muchos más en el público política y literariamente interesado estaban familiarizados con los pensamientos anarquistas por medio de Mühsam.

Para poder hacer frente a las necesidades de la vida propias y de la familia, escribió Mühsam pequeños esbozos literarios, artículos sobre la literatura alemana en la prensa democrático–burguesa.

Pero más de la mitad de su trabajo cotidiano lo dedicaba a la propaganda de sus ideas anarquistas y, especialmente después de haber salido de la prisión, al socorro de los prisioneros políticos. Mühsam no era solo un excelente propagandista, sino un hombre sensible y de delicados sentimientos, cuyos rasgos básicos eran destacados por el espíritu solidario, la bondad y la escrupulosidad. Sus necesidades materiales entraban en última instancia para él. Era el más puro idealista. No de aquellos que persiguen fantasmas irreales o un romanticismo nebuloso e imaginado, sino uno de los que, con ambos pies en la vida real, se rebelaba contra sus resistencias y a quien el ideal le servía de puente hacia una nueva realidad terrestre sin opresión estatal y sin explotación capitalista, hacia una realidad basada en la libertad, en el bienestar para todos y en la belleza.

Junto a su propaganda anarquista estaba su actividad

principal de socorro a los presos políticos. En centenares de mitines habló en favor de la liberación de los presos. Visitaba él mismo los presidios y las prisiones, interviniendo para que fuese aliviada su situación, para que se les proporcionara material de lectura y estaba siempre preocupado por su bienestar físico y espiritual. ¡Cuántas víctimas de la justicia de clase ayudó con su aguda pluma a salvar, cuántas extralimitaciones de la justicia puso en la picota! Él mismo lleno de privaciones, se esforzaba días enteros por reunir dinero para facilitar la permanencia en las montañas de un proletario tuberculoso, cuya salud había sido deteriorada por la prisión. Raramente se encontrará un propagandista tan inspirado por un hondo amor hacia las criaturas vivientes como Erich Mühsam. Viajó a menudo por toda Alemania con dinero prestado para visitar a un inocente condenado o a un prisionero político, para llevarle consuelo y esperanza.

Pero no abogaba sólo por los prisioneros políticos de Alemania. No había fronteras para él cuando se trataba de defender a las víctimas de la justicia de clase. Ya fuesen Sacco y Vanzetti, los muchachos negros perseguidos, o Mooney y Billing, en América, o los obreros de color en las colonias, los adeptos del movimiento de la no-cooperación gandhistas o los combatientes de octubre de la revolución rusa perseguidos, él estaba siempre de su parte y ponía a su servicio su apasionada elocuencia y su gran talento literario con toda su energía moral y material.

Después del asesinato de Sacco y Vanzetti dio forma poética, a pedido de la organización proletaria anarcosindicalista de Berlín, al drama real de los dos mártires anarquistas. La obra

apareció con el nombre de *Staatsrason* y fue representada por actores berlineses. Pertenece tal vez a las mejores elaboraciones artísticas de ese asunto en sí dramático. Como ese drama no puede ser expuesto en Alemania después del triunfo del nacionalsocialismo, las organizaciones obreras de los países donde el fascismo no está en el poder, deberían preocuparse de que la representación de esa obra haga perdurar el recuerdo de los dos anarquistas italianos asesinados en el país del dolar y también del poeta anarquista de la *Staatsrason*.

La actividad literaria de Mühsam fue en tanto diversa desde la época del estallido de la guerra hasta la redacción de *Staatsrason*. Escribió en 1914 una pieza polémica con el título "Die Freivermáhlten", donde reivindica el derecho de los seres libres de distinto sexo a unirse en asociación amorosa y de vida sin sanción estatal o eclesiástica. Durante la guerra y luego en la prisión, escribió una gran cantidad de poesías que fueron publicadas en 1920 con el título: *Brennende Erde. Verse eines Kampfers*. Un año después trató en un drama el problema eterno del traidor, el problema de Judas en el movimiento obrero. Es un drama que tiene por escenario el movimiento obrero revolucionario y cuyo "héroe" es un traidor. Ese drama fue representado por el conocido director de teatro Piscator en Berlín y tuvo buen éxito. Toda la prensa obrera ensalzó el drama, mientras que la prensa burguesa lo rechazó por su contenido proletario y revolucionario.

Después de salir de la prisión, escribió un pequeño folleto, "Standrecht in Bayern", donde fustigó la vergonzosa justicia de clase de los Tribunales de Baviera. Después de abandonar la

fortaleza, trabajó en la edición de los escritos polémicos y manifiestos redactados por él en veinte años, que aparecieron en 1925 bajo el título "Alarm". Todavía en el mismo año escribió un número de canciones revolucionarias, de lucha, burlescas y marchas, que aparecieron en el mismo año bajo el título "Revolution".

Mühsam era un poeta de singulares fuerzas dinámicas. Vivía en su tiempo; nadaba en su corriente, sin dejarse por eso arrastrar. Buscaba más bien una corriente propia, para dar otra dirección a los acontecimientos. En esa corriente de la libertad, al margen del vasto pantano de los conservadores y aprovechadores sociales en el cuerpo de la sociedad capitalista, se encontró Mühsam con aquellos que aceptaban como él la tendencia revolucionaria. Así ocurrió que Mühsam rompió una lanza también por un hombre que era negado por muchos "también revolucionarios": por Max Hoelz. Redactó, en 1926, un folleto bajo el nombre "Gerechtigkeit für Max Holz", en donde expuso, en las más finas consideraciones psicológicas, y de una manera realmente libertaria, anarquista, los motivos e impulsos sociales del llamado jefe de bandas Holz en la insurrección de la Alemania central. Como a los treinta años se puso de parte de Harden valerosamente, no vaciló a los cincuenta en defender por un escrito explicativo a un combatiente revolucionario anatematizado por toda la prensa burguesa y parcialmente por la prensa obrera como capitán de bandidos. Mühsam veía su misión, no en agrupar palabras que tuvieran consonancia final, sin preocuparse del contenido. Interpretaba de otro modo la misión del poeta en la sociedad humana. Reunir palabras era para él una profesión, como cualquier otra. Pero el poeta está provisto del don raro que no

tiene el que no lo es: es conocedor y formador de los movimientos del alma humana y de las inclinaciones del corazón. Siente y sabe qué motivos mueven al individuo; qué fuerzas obran en él; por qué leyes o causas complicadas los seres humanos obran así y no de otro modo. Si un hombre complicado o un hombre cualquiera llega por el encadenamiento de múltiples causas a actos que parecen difíciles de explicar, y que son condenados por la gran masa porque no los entiende, entonces es misión del conocedor intuitivo de las almas, el poeta, estar junto al juez, al médico y al criminalista e informar sobre las obscuras fuerzas de la naturaleza humana. Mühsam comprendió esa misión que la época moderna impone a un poeta, y la asumió con fuerte adhesión y profunda seriedad. Como antes atrae y hace simpático un Kleits y un Michael Kolhaas, así ha mostrado Mühsam, en sentido proletario y social, a Max Holz como un hombre que no puede ser condenado como criminal, sino que llevó a cabo sus actos por amor al proletariado, al que pertenecía, en cuya lucha emancipadora tomó parte y que lo condenable es la actual sociedad de explotación.

En el mismo año publicó Mühsam, bajo el título "Sammlung. Auswahl aus dem dichterischen Werk", en ocasión de su 50 aniversario, una colección de sus poesías más importantes hasta entonces, y un año después, en 1929, editó el informe sobre los acontecimientos de la República bávara de los Consejos, que apareció bajo el título "Von Eisner bis Leviné".

Mientras tanto trabajó sin cesar en la exposición de sus pensamientos anarquistas. Cuando la reacción se hizo más fuerte, su actividad fue obstaculizada también. En julio de 1931

prohibió el presidente socialdemócrata de policía de Berlín, Grzesinski, la revista anarquista editada por Mühsam, "Fanal", por cuatro meses. Con la reacción creciente se volvió más restringido el círculo de los que se reunían en torno a las ideas anarquistas. La consecuencia de esa reacción, unida a la enorme desocupación y al empobrecimiento entre los proletarios, fue un debilitamiento de todo el movimiento obrero. También "Fanal" tuvo que sufrir esas condiciones. Al cumplirse el período de la prohibición no tenía Mühsam medios para continuar la revista. Manifestó a sus amigos y compañeros por circulares ocasionales sus esfuerzos y al fin escribió como sucedáneo para la revista un trabajo que se ocupaba de la concepción del mundo y de la vida que había determinado el espíritu de la revista. Mühsam proyectó, como él mismo dice, los rasgos fundamentales de su doctrina anarquista. El escrito en que lo hizo apareció con el nombre "Die Befreiung der Gesellschaft vom Staat Was ist kommunistischer Anarchismus?", en 1933. Ha de considerarse como la expresión más madura del anarquismo de Mühsam.

Mühsam ha trabajado sin cesar en sí mismo y en influir el mundo exterior para fomentar su ideal.

Junto a sus actividades oratorias y literarias en todos los círculos de la población, se había esforzado en los últimos años especialmente por agrupar los restos dispersos del movimiento obrero revolucionario para incitarle a una lucha enérgica contra el peligro fascista. Sus esfuerzos y los de sus amigos y compañeros de lucha fracasaron ante la arrogancia de los grandes partidos que se llamaban proletarios y habían inscrito en sus banderas la lucha de clases, pero que no querían en

manera alguna practicarla realmente. La fatalidad no pudo ser detenida. La actividad de Mühsam y su labor encontró un fin primero en su arresto. Desde entonces comienza su martirio. La lucha desigual que ha conducido Mühsam durante dieciséis meses, nos muestra no sólo al poeta y al escritor, al propagandista y al agitador, sino ante todo al héroe. Su heroísmo en el último año y medio de vida ha hecho de él un mártir inmortal de la causa del proletariado y le ha erigido un monumento en el corazón de los explotados y de los oprimidos de todos los tiempos y países.

El Partido Comunista de Alemania y sus representantes han presentado a Erich Mühsam como semicomunista y bolchevista. Se hizo referencia a la amistad de Mühsam con los bolchevistas durante la revolución de los Consejos de Baviera, a sus declaraciones en las que, desde la prisión, se manifestaba en 1920 en pro de la República Soviética y a la circunstancia de que durante años Mühsam fue miembro del Socorro Rojo.

Si durante su vida tuvo Mühsam que defenderse a menudo contra las calumnias comunistas, después de su muerte, cuando no puede defenderse, la calumnia contra él seguramente no tendrá freno.

La actitud de Mühsam respecto a la Rusia de los soviets está, en los primeros años de la revolución rusa, en estrecha conexión con su actividad en la revolución bávara de los Consejos. Durante esta revolución, y en los seis años siguientes, que Mühsam pasó en las fortalezas de Baviera, sus impresiones sobre las condiciones en Rusia fueron turbadas por conocimientos imperfectos. Él mismo lo manifiesta

repetidamente en su revista "Fanal" y en muchas otras ocasiones. Cuando el comunista Paul Werner escribió un folleto sobre la República bávara de los Consejos, presentando bajo un aspecto falso la conducta de Mühsam y de Landauer, se sintió Mühsam obligado a responder. Redactó en la prisión, en 1920, un "informe personal" que dirigió a Lenin, para que éste pudiera juzgar su conducta y la de Landauer. Mühsam mismo escribió en "Fanal", número 7, año 3, de 1929:

"Era acuerdo tácito que Lenin fuese árbitro sobre si en los días decisivos del 4-12 de abril de 1919 era revolucionariamente más aconsejable la conducta del Partido Comunista dirigido por Leviné o la de los anarquistas, es decir, la de Landauer y mía. Por eso lleva mi informe, al frente la advertencia: "Para esclarecimiento del creador de la República rusa de los soviets, en manos del compañero Lenin". De las luchas internas entre los revolucionarios en Rusia misma, en 1920, no había llegado a mi celda ni la menor sombra, de manera que en aquel tiempo era para mí enteramente comprensible el reconocimiento de Lenin como representante del sistema sovieta apasionadamente sostenido, de cuyo falseamiento en dictadura de partido no tenía tampoco ninguna idea. Por lo demás, Lenin –sea informado por mi escrito o por otras fuentes– no se ha declarado de acuerdo con la táctica de los comunistas bávaros."

Y más adelante, dice Mühsam en su artículo: "La Rusia de hoy, (es decir de 1929) que impide la libre elección de los Consejos y restringe los derechos de éstos, no ha conservado siquiera la apariencia, sino sólo la palabra República Soviética."

Sobre su escrito de justificación de 1920, dice Mühsam en su artículo, nueve años más tarde:

"No hay que justificar hoy, ante los comunistas de partido, la conducta de los anarquistas en Baviera, sino contra las objeciones que los compañeros anarquistas mismos podrían hacer en nombre de nuestros principios libertarios generales. Para dejar una de lado: en mi escrito se encuentran expresiones que pueden parecer extrañas. Mis propias interpretaciones son denominadas con la más natural ligereza, tan pronto comunistas, como espartaquistas, como bolchevistas. Sería bueno no dar excesivo valor a las palabras, sino examinar el fondo de las cosas. En el período de la revolución se mezclan y se confunden los conceptos. La denominación "comunista" no tenía entonces significación partidista, y pienso que un anarquista comunista no cesa hoy de ser comunista porque un partido marxista se haya apropiado del nombre. La palabra "bolchevista" no tenía, en 1916, todavía un valor limitado de organización; significaba para nosotros, simplemente, la adhesión a la consigna: "Todo el Poder a los Consejos", que desde la revolución de octubre de 1917 pasaba como la demanda básica bolchevista, y que los anarquistas aceptábamos y aceptamos. Hoy pertenece la palabra bolchevista, indudablemente, a aquellos que la utilizan como denominación de partido; son aquellos que no quieren saber ya nada de la fórmula unificadora de la revolución: "Todo el Poder a los Consejos", y en su lugar enarbolan la bandera de un "Gobierno obrero y campesino" sobre el futuro proletario. Por lo que se refiere al nombre "espartaquista", era, desde noviembre de 1918, la característica abarcativa de la rebelión consecuente en Alemania. Originariamente, la denominación

era del grupo de Liebknecht y de los independientes revolucionarios durante la guerra, que habían creado la organización enteramente espontánea y voluntaria, pero después la utilizaron los burgueses y los socialdemócratas como expresión de todo lo que les era incómodo. Spartakus era el terror del burgués, y por eso, el título de honor del revolucionario. Hay que recordarlo frente al hecho que hoy, tanto por anarquistas como también por comunistas de partido, se intenta trasladar al pasado las limitaciones de los conceptos que hace mucho recibieron características distintivas. En el período excitado de la revolución desencadenada, se decía uno spartaquista, bolchevista, comunista, anarquista para decirse revolucionario, y es bueno así, pues la revolución une.

"Otra cosa puede ocurrir con la expresión "dictadura del proletariado"... El dominio de Stalin en Rusia, que se diferencia en la tendencia social, pero no en los métodos políticos dictatoriales del fascismo, es reconocido expresamente por los adeptos de ese sistema como dictadura del proletariado. Si Landauer, yo y los demás anarquistas participantes en la revolución de Baviera hubiésemos proclamado algo parecido, lo hubiésemos aprobado o lo hubiésemos consentido sin resistencia, el reproche de que habríamos hecho abandono de los principios del pensamiento anarquista estaría justificado. Pero nada más lejos de nosotros que entender por dictadura del proletariado el Poder gubernativo de una camarilla. Hemos empleado la palabra y la hemos llenado con el contenido que resulta de la demanda: "Todo el Poder a los Consejos". Pero a la palabra no podíamos renunciar, porque las masas revolucionarias la mencionaban como fórmula de su derecho

de clase y no habríamos sido comprensibles de haber tratado de disuadirles de ella. Cuando Landauer presentó una vez, en el Congreso de los Consejos, claras demandas para la seguridad del camino revolucionario, le gritó un socialdemócrata: "Eso es dictadura pura", y Landauer le replicó: "Sí, es la dictadura de la revolución". No otra cosa ha significado para nosotros jamás la fórmula "dictadura del proletariado" que las garantías violentas de la revolución contra ataques, aplastamiento de la potencia vencida, medidas que necesita la clase proletaria si no quiere abandonar su victoria sin lucha. En ese sentido he empleado la palabra, incluso más tarde, y eso me ha costado, por desgracia, preciosas amistades. Pero declaro que la cosa no ha cambiado en nada mi opinión. Creo todavía hoy en la necesidad de los decretos revolucionarios, dictados por los consejos del proletariado, para quitar a la burguesía el placer de la contrarrevolución. Creo todavía hoy en la necesidad de Comités revolucionarios que, como en el manifiesto de Bakunin del 26 de septiembre de 1870 para la Comuna de Lyon, "ejercen todo el poder bajo el control directo del pueblo". Ese estado de cosas queríamos producir los anarquistas cuando proclamamos la República de los Consejos, la dictadura de los Consejos, que en acuerdo con el uso proletario llamábamos "dictadura del proletariado". Después que, por desgracia, el desarrollo de las cosas en Rusia ha dado razón a todos los temores que se han manifestado por los anarquistas en los decenios anteriores ante la agitación socialdemócrata en favor de la dictadura del proletariado, y después que en la conciencia de amplios círculos del proletariado revolucionario esa calificación ha asumido la significación de una dictadura de partido, bajo cuya autoridad debe conservarse el proletariado, es claro que la expresión "dictadura del proletariado" no

armoniza ya con la cosa que queríamos nombrar con ella."

Para poder actuar mejor en favor de los compañeros de sufrimiento dejados en las prisiones y presidios, creyó Mühsam, después de su liberación, en 1925, que lo mejor era adherirse al Socorro Rojo.

Estuvo cuatro años en esa supuesta organización a-partidista, hasta que tuvo que convencerse que no era una organización al margen del partidismo, sino una sucursal del Partido Comunista, y declaró su dimisión. En una carta del 18 de enero de 1929 a la presidencia del Socorro Rojo, dio las razones del apartamiento de esa organización. Lo decisivo fue que el Socorro Rojo quiso emprender entonces una acción propia de captación en favor del órgano central del Partido Comunista de Alemania. Dice más adelante, en su renuncia: "Por mi acción en los cuadros, y en beneficio del Socorro Rojo, me he atraído en los círculos revolucionarios afines mucha hostilidad; me ha expuesto mi actitud años enteros a los más graves malentendidos; pero todo eso lo he soportado por los compañeros que esperan, como víctimas de la justicia de clase, en las prisiones y presidios, la cooperación solidaria de todas las organizaciones obreras".

Por esos compañeros que quedaban en las prisiones, quedó Mühsam cuatro años en el Socorro Rojo, hasta que, finalmente, se sintió forzado a dimitir.

Pero no ya desde la renuncia al Socorro Rojo de Alemania, sino desde que salió de la prisión y supo que en Rusia eran perseguidos los revolucionarios, se manifestó en pro de su

liberación y exigió del Gobierno sovieta que pusiera en libertad a los combatientes revolucionarios de octubre. En ocasión del décimo aniversario de la revolución rusa, el vespertino de Moscú "Wetscherniaya Moskwa", le pidió que se manifestara sobre ese aniversario, y escribió a ese periódico una carta en que dice:

"En ocasión del décimo aniversario de la revolución de octubre, todos mis sentimientos y deseos están en ardiente afecto con los obreros y campesinos revolucionarios de la Rusia de los soviets. Mi gran deseo es que el espíritu de la fraternidad encuentre también expresión externa por el dictado de amnistía amplia y completa para todos los revolucionarios presos, desterrados y perseguidos, a cualquier grupo o partido que pertenezcan, ya que en octubre de 1917, de parte del proletariado, bajo la bandera roja y con la consigna: "Todo el Poder a los soviets", ayudaron todos a vencer a la burguesía. El proletariado revolucionario sería feliz si por la amnistía de los anarquistas, sindicalistas, maximalistas, socialistas revolucionarios de izquierda y adeptos de la oposición obrera fuese suprimido un conflicto que hace imposible todas las aspiraciones de unificación entre los proletarios y dificulta la lucha por la liberación de los presos políticos proletarios en los Estados capitalistas."

Mühsam se consagró con toda su energía a la liberación de los revolucionarios rusos en la Rusia sovieta. Cuando diversas organizaciones revolucionarias de izquierda formaron en Alemania, en el décimo aniversario de la revolución rusa, un Comité común para activar en el sentido de la liberación de los

combatientes rusos de octubre, Erich Mühsam y la Asociación anarquista por él fundada, estuvieron en primera línea. Habló en diversos mitines y exigió en la Prensa, con su pluma poderosa, la libertad de todos los combatientes revolucionarios. Y con particular fogosidad trabajó por la liberación de la conocida socialista revolucionaria María Spirodonova.

Las afirmaciones de los comunistas de que Mühsam habría estado muy próximo a la Rusia soviética, son, como se deduce de sus manifestaciones propias, sólo mistificaciones. Mühsam era, como todos los anarquistas, adversario del Estado bolchevista, pero era defensor de la revolución rusa.



Miembros del Consejo Ejecutivo de la República de los Consejos Obreros de Baviera, en la prisión de Ansbach en abril de 1919.

De izquierda a derecha, de pie: M. Reishert; Toni Waibel; Rudolf R. Hartig; Saúl Gerassel; Josep Rever.

Sentados: August Hagemester; Erich Mühsam y Willy Olaschefski.

## **IV. EL PENSAMIENTO DE MÜHSAM Y SU CONCEPCIÓN DE LA VIDA**

Aunque ya a comienzos de este siglo se manifestó en favor de las ideas anarquistas, tan sólo en noviembre de 1932 ha dado una exposición de sus ideas en el escrito "Die Befreiung der Gesellschaft vom Staat". No fue en modo alguno una debilidad del brillante escritor y espíritu crítico el hecho que no haya redactado antes folletos de propaganda anarquista. Obraba por medio de poesías y de pequeños y grandes artículos, por ensayos en revistas literarias, por discursos en las estaciones de radio o en los mítines populares. Defendió la concepción anarquista del mundo en centenares de artículos de revistas y expuso en variaciones siempre nuevas, en toda ocasión, los objetivos y medios de lucha del anarquismo. Hubo siempre para él casos especiales o fenómenos colectivos a los cuales referirse, e ilustró todos los aspectos del pensamiento anarquista al oponerse al orden social actual o a las ideas socialistas estatales de los marxistas.

La literatura anarquista de Mühsam se distingue de la de

todos los otros escritores anarquistas, especialmente porque no cita a este o aquel teórico para establecer la exactitud de sus opiniones en la comparación con las de otros pensadores anarquistas. Traza su cuadro de la ideología anarquista, que cada cual puede completar o restringir según su inclinación y en cuyas líneas se fortalecen o examinan las propias convicciones.

El anarquismo es para Mühsam la doctrina de la libertad como fundamento de la sociedad humana. "El que eleva la libertad de la personalidad a la categoría de palanca de toda comunidad humana, y el que, viceversa, hace equivaler la libertad de la sociedad a la libertad de todos los seres humanos ligados en ella en comunidad, tiene derecho a llamarse anarquista. El que cree en cambio que hay que poner a los hombres –a causa del orden– o a la sociedad –a causa de la supuesta libertad de los individuos– bajo la coacción externa, no tiene ningún derecho a llamarse anarquista."

Mühsam comprende por comunismo la relación social basada en la comunidad de bienes, lo que permite a cada uno trabajar según sus capacidades y consumir según sus necesidades. En esa forma económica cree más seguramente garantizada la exigencia básica socialista de la igualdad de derechos de todos los miembros de la sociedad que en el colectivismo o en el mutualismo, que quieren poner la parte de los productos comunes en una relación de equivalencia con el trabajo realizado. Mühsam no toma posición alguna ante las diversas escuelas del movimiento socialista o anarquista. Es de opinión que el socialismo libertario permite a las distintas posibilidades bastante espacio. Los ensayos y experiencias del

futuro, sostiene, decidirán tan sólo en qué proporción exige la libre satisfacción de las necesidades la propiedad particular de los bienes personales de uso.

Se separa, sin embargo, decididamente de los "anarquistas individualistas", que ven en la elevación egoísta o en la imposición de la personalidad el medio único para la negación del Estado y del poder y rechazan el socialismo y toda organización social general como opresión del yo basado en sí mismo.

"El socialismo es, según él, considerado económicamente, la sociedad sin clases, en donde la tierra y todos los medios de producción son retirados de la disposición privada, y así ni la renta de la tierra ni el beneficio del empresario ni tampoco la entrega de fuerza de trabajo por salario o sueldo privarán a las manos y a los cerebros que laboran del producto de su esfuerzo. En lugar de la explotación privada o estatal, se tiene la administración planeada común con la propiedad colectiva; en lugar de la minoría privilegiada de los propietarios de cada país, la totalidad unida en el pueblo, en todos los países.

El socialismo es, además de un concepto económico, un valor moral y espiritual. Pues no sólo significa regulación racional del trabajo, de la distribución y del consumo y por tanto satisfacción de todas las necesidades naturales de la vida material para todos; significa también la satisfacción de aquella demanda moral cuyo desprecio injuria más gravemente a los hombres y cuya ausencia humilla más que el hambre y que toda privación corporal: la demanda de la igualdad de derechos."

El socialismo es para Mühsam, como para su maestro Landauer, no sólo un problema de aplacamiento del hambre corporal, sino también un problema de orden moral. El socialismo anarquista quiere la libertad de la personalidad y la igualdad del derecho a la existencia para todos, no importa el tamaño de lo que haya que repartir. La demanda de igualdad indica que, independientemente de la cantidad existente de bienes materiales, debe ser repartido todo de un modo equitativo. O nadie tiene nada, o todos tienen un poco; así no puede haber descontentos. Pero si –cuando hay poco– se distribuye injustamente, recibiendo unos mucho y otros no recibiendo bastante para vivir, entonces aparece la injusticia y las bases del orden moral son quebrantadas.

En esta conexión se levanta Mühsam contra los marxistas. Estos, dice Mühsam, se equivocan en la suposición de que las cualidades intelectuales y morales del hombre surgieron mecánicamente de las formas de producción de la economía; que las ideas religiosas, jurídicas y científicas de un tiempo no son más que superestructura ideológica de las realidades materialistas. Aquí tiene lugar una circulación ininterrumpida, que no puede diferenciarse en el orden de la sucesión. El capitalismo necesitó tanto condiciones materiales como espirituales para imponer su dominio a los pueblos; tiene que mantener dócil el espíritu de los hombres por la influencia cuidadosa en la educación y en la instrucción a fin de que soporten la iniquidad de la explotación y de la desigualdad como condiciones inflexibles del destino. También el socialismo requiere preparación espiritual para la realización, y la justificación, no sólo por las ventajas materiales para la mayoría de los hombres, sino por el contenido moral. Pero esa

justificación es sólo posible si el socialismo es reconocido y demostrado como valor espiritual por sobre su capacidad de desarrollar valores materiales. La renovación de las relaciones económicas en el socialismo sólo puede ser eficaz bajo el sol de la igualdad de derechos, con la renovación simultánea de las relaciones morales entre los hombres; como sólo las renovadas relaciones morales son capaces de crear en lo económico, del individualismo de la desigualdad, el socialismo de la cohesión".

Al exigir Mühsam como defensor del anarquismo comunista la igualdad económica como fundamento de las relaciones de los hombres entre sí, considera la transformación social, en oposición a las doctrinas del marxismo, dirigidas sólo materialmente, no como único contenido de su aspiración, sino como una de las condiciones ineludibles para la vasta reconstrucción social que abarque todas las relaciones de la vida. Pero Mühsam no quiere que por igualdad se entienda simple igualación. Significa: igual derecho para todos. Confiesa expresamente que del modo de producción capitalista resulta para capitalistas y para proletarios un determinado comportamiento. "La fórmula marxista, sin embargo, según la cual el ser del hombre determina la conciencia, siendo el ser caracterizado por el estado económico, es en extremo discutible. La conciencia del hombre es determinada, además de los valores materiales, por numerosas impresiones y recibe de motivos psicológicos a veces la excitación más fuerte incluso allí donde se refiere a la participación en hechos capitalistas. Junto a las condiciones de la producción pueden figurar también las condiciones que emanan del carácter, de la característica espiritual, de la alianza con otras personas, del clima, de los acontecimientos cósmicos, y la conducta puede

ser estimulada por sensaciones originariamente morales independientes de todas las formas de producción."

Ante la arrogancia marxista dice Mühsam: "Con la lógica sólo y hasta con la doctrina científicamente tapizada del materialismo histórico no se refuta el sistema económico del capitalismo ni menos se le combate o se le suplanta por un sistema mejor".

En Alemania creía la mayoría de los trabajadores en la teoría, predicada por socialdemócratas y comunistas, del materialismo histórico. Esa doctrina hacía del capitalismo un fenómeno socialmente necesario, que no puede ser disuelto arbitrariamente, ni en un punto determinado por los obreros, sino tan sólo después de una serie de desarrollos regulares y forzados hacia el socialismo. Todos los propagandistas no marxistas y en especial los anarquistas y sindicalistas tuvieron que luchar contra esa teoría, pues sus consecuencias excluían una determinación histórica voluntarista por el proletariado, aun cuando esas conclusiones fueron negadas especialmente por los comunistas. También Mühsam estuvo forzado a aplicar su crítica a esa doctrina. Lo hizo en el folleto citado de esta manera:

"Del desarrollo y actuación del capital se deriva una ley como si las instituciones que los hombres han creado fuesen condicionadas por la naturaleza misma; esa ley es ornamentada con las perlas del conocimiento filosófico y de la ciencia indiscutible, y a los que quieren derribar el capitalismo y poner en su lugar el socialismo, se les dice: el socialismo no puede crecer más que sobre los mismos

fundamentos que el capitalismo; el materialismo, que es la materia básica del capitalismo, ha de ser reconocido materialismo histórico, y por eso como la materia fundamental de todo orden social. La interpretación materialista enseña que el capitalismo sólo pudo llegar a ser lo que es, expresión de la esclavitud moderna, de la despersonalización del hombre, de la sumisión de la voluntad al mecanismo de una actividad puramente económica, porque, aun cuando no teórica, sí prácticamente, hizo de la utilidad materialista la palanca de todas las fuerzas sociales. Pero vosotros, socialistas, dicen los marxistas, sois superiores a los capitalistas porque además tenéis incluso la teoría: ¡id y cread el socialismo, poniendo por base de vuestra obra la consideración materialista!

"¿Se podía prestar a los detentadores del poder capitalista un servicio mayor que el que les presta semejante doctrina? ¿No están todos moralmente justificados cuando los socialistas eligen la concepción en que descansa su maldito sistema, como cimiento del propio mundo?

Los medios de la destrucción de un edificio social conceptuado malo pueden ser forzados por sus defensores en manos de los atacantes, como la lucha contra armados no puede apenas ser hecha más que con armas; pero el que, para la construcción de una nueva sociedad, quiere utilizar las piedras de la destruida, edificará simultáneamente la nueva puerta de entrada para el viejo espíritu. El socialismo no tiene comunidad alguna con el

capitalismo, ni en la estructura económica ni en el concepto ideológico. El hecho que el socialismo haya de ponerse en lugar del capitalismo no tiene su razón en la lógica práctica de la economía conveniente, sino en la conciencia moral del pensar. ¡Nos repugna el hambre de los pobres, pero en mérito a la justicia!"

Para los marxistas dogmáticos era esa crítica como el trapo rojo para el toro. Moral, justicia, reciprocidad son para los marxistas demandas "idealistas" que, según su opinión, no tienen nada que ver con la lucha de clases. Toda apelación al espíritu o a la moral ha sido condenada por los marxistas, alemanes. El socialismo, según ellos, viene, sin preocupaciones materiales, del proceso del desarrollo económico. ¡Habría que ser anarquista para tener en cuenta la fuerza de voluntad, la justicia y otras fuentes dadas en la esencia moral del hombre!

Después de su crítica al materialismo histórico y después de una explicación del pensamiento anarquista sobre el hombre en relación a la sociedad y sobre la necesidad de una auto-responsabilidad, pasa Mühsam al principio de la organización. Exige una completa reforma de los principios de la organización en el tráfico social y económico. Lo que dice al respecto no es nada nuevo para un anarquista. Se refiere a la diferencia entre Estado y sociedad y critica con razón las falsas formulaciones de los socialdemócratas y comunistas que hablan continuamente de "Estado de clases", sin saber que todo Estado es un Estado de clase, incluso el llamado proletario.

"Hablar de Estado de clase –dice Erich Mühsam– es como

hablar de hierro férreo. El Estado no es otra cosa, no puede ser otra cosa que un servicio centralista ejecutivo de una clase separada del pueblo para la dominación de la clase desheredada y subyugada del pueblo. El procedimiento estatal administrativo divide, pues, la sociedad humana en sociedad de clases al proteger la tierra y los medios de producción creados por los hombres como propiedad privada de la clase privilegiada. Sólo donde existe el derecho de los amos contra el derecho de los esclavos, tiene sentido el Estado, encuentra labores que realizar. Tan sólo con el desarrollo de la propiedad personal al nivel de explotación de los hombres, pudo aparecer y ha aparecido el Estado. Con el desenvolvimiento del capitalismo, que hizo de los principios materiales de explotación por los propietarios, el centro de toda la vida del hombre, aumentó sin cesar el Estado la red de leyes, de medidas coercitivas y de vigilancia, por las cuales el proletariado es mantenido en la obediencia a la clase privilegiada. Pero otra vez son los socialistas marxistas los que quieren tomar como cimiento para la edificación de la sociedad emancipada del capitalismo, junto a la consideración materialista del mundo, también la forma de organización centralista, ese signo característico propio del Estado capitalista".

Después de rechazar el centralismo y de representar el federalismo como una reunión social de los grupos y partes del todo, como una comunidad desde abajo en garantía de la libertad de la personalidad, se esfuerza Mühsam por mostrar que tampoco el llamado socialismo de Estado, que es propiamente capitalismo de Estado, tiene nada que ver con el verdadero socialismo.

"Y es completamente indiferente que el Estado sea conquistado por el proletariado para acomodarlo, en paulatina transformación, a las condiciones de vida socialistas, o que en lugar del Estado del capitalismo privado destruido por la revolución se cree otro Estado, en el que de antemano poderes estatales pasan por alto las exigencias del consumidor, al que no se consiente la propia. Disposición y utilización de la energía laboriosa del que trabaja... Un Estado no sucumbe, sino que se afirma al cambiar los cimientos sobre los cuales descansa. Los fundamentos del Estado son las condiciones capitalistas de clase, y no importa que las contradicciones de clase procedan de la disposición privada de pocos sobre la tierra y los medios de trabajo o sean producidas por el traspaso de esa disposición a una selección de mandatarios estatales... Para los que trabajan no tiene importancia si su esfuerzo va a parar a una Sociedad por acciones o si es el Estado el que les quita el producto de su trabajo. El efecto es para ellos el mismo: el producto de su trabajo no les pertenece, y su ventaja no está en que el producto está ahí, sino sólo en que recibe salario por su elaboración. En el sistema del salario no cambia lo más mínimo por el tránsito del capitalismo privado al capitalismo de Estado; pero el salariado es la característica de la explotación".

Mühsam se levanta con aguda lógica contra la teoría del llamado Estado transitorio del capitalismo al socialismo. Ha reconocido con clara mirada en qué consiste la esencia del Estado y del poder estatal. El "orden estatal" se basa en el proceso del traspaso de los servicios públicos a empleados separados, para ese fin, de la totalidad. Si se quisiera, después de la caída del orden social capitalista, instaurar el socialismo de acuerdo a los mismos procedimientos, se repetiría el

proceso que produjo, en la división de las funciones sociales para el cultivo de la tierra y la defensa del país, la opresión de los que trabajan por los armados, y con ello la división en clases del pueblo y, por consecuencia, la expropiación de la totalidad por la llamada minoría fortificada, y por consiguiente, la explotación, el capitalismo. La administración separada del conjunto, lo mismo que los jefes de armas de otros tiempos se independizaron como nobleza y forzaron al pueblo que les dio su confianza a una condición de servidumbre, tendría que convertirse en muy breve tiempo en fin de sí misma. La expropiación del capital privado, en favor del Estado llevaría ciertamente por otros conductos el producto del trabajo, pero no disminuiría la dependencia de los que trabajan de poderes explotadores. La administración del Estado, la burocracia, el aparato gubernativo crecería cada vez más monstruosamente; y como toda la dominación tiene la inclinación a desarrollarse en poder duradero insuplantable e indisoluble, dirigirá toda actividad con medios educativos y de violencia a hacer aparecer el bienestar del poder como el verdadero bienestar de todos. Al fin de ese camino está la herencia de la burocracia, que implica necesariamente la atribución de la explotación en beneficio de una clase superior, es decir el restablecimiento completo del capitalismo privado con sólo grupos diversos de propietarios y modos nuevos de expresión para engaño de las masas".

Esas consideraciones anarquistas fueron combatidas hasta aquí por los marxistas de todas las escuelas. En los últimos tiempos ha llegado a idénticos resultados León Trotsky. Este señaló en unos artículos críticos sobre la Rusia de los soviets que allí la plusvalía –consumida en los países del capitalismo

privado por los capitalistas— en Rusia es absorbida por la burocracia. Con ello no sólo ha pronunciado Trotsky un juicio aniquilador sobre el capitalismo de Estado ruso, sino que asestó un golpe serio también a la doctrina marxista de la conquista del Estado por el proletariado y de la dictadura del proletariado, haciendo concesiones al pensamiento anarquista. Pero en Trotsky ese punto de vista no es objetivo. Si estuviera en Rusia, si no le hubiese expulsado Stalin, no sostendría hoy esas ideas.

En su exposición se dirige Mühsam contra el poder, que condena, mientras reconoce la violencia y la coacción como medios revolucionarios de lucha. La diferenciación entre poder, de un lado, y violencia del otro, le parece, como anarquista, de singular importancia.

El poder nace del dominio centralista, legislativo, de una condición estatal. Se sirve de la autoridad preparada por influenciamiento psicológico, por creencias y confianza a costa del pensamiento y del juicio. Poder y autoridad han de ser rechazados por eso: la violencia es acción de lucha, simple medio para la consecución de un fin; la coacción es medida en la lucha y medio para el aseguramiento del objetivo de la lucha. Estas por tanto han de aceptarse. El poder es un estado permanente de violencia y coacción para el aplastamiento de los anhelos de igualdad.

Del mismo modo que Mühsam rechaza la autoridad temporal, rechaza la espiritual. El camino más viejo y probado para despertar la fe en la autoridad, es la engañifa de poderes supraterranos, cuyo mandato ha de obedecer el hombre, ante

cuyo juicio tiene que responder. Del mismo modo que repudia el Estado, repudia la iglesia. "Dios y el Estado, con todos sus órganos de expresión: iglesia, gobierno, jurisprudencia, militarismo, policía, burocracia, sultanes, visires, ministros, soberanos, caídas, tesoreros, aduaneros, faquires y capitostes son las encarnaciones más perfectas del sojuzgamiento centralista".

En oposición a su maestro Gustav Landauer, que quiere instaurar la sociedad libre sobre la familia, presenta Mühsam la familia como célula germinal de la dominación. Ciertamente se refiere a aquella institución que garantiza el derecho paterno por el Estado y por la Iglesia. La relación de los sexos es la fuente originaria de la vida que ha de ser librada de la intervención de terceros. Cuando se introdujo un poder en esas relaciones, la conciencia del hombre, se convirtió en un hogar de privación interna. Se hicieron prescripciones para el amor; el clero, el Estado, la iglesia y toda autoridad se enquistaron en él; el instinto sexual fue utilizado como acción pecaminosa para la excitación de continuos tormentos de conciencia a fin de exponer que su satisfacción era una obra impura mientras autoridades externas no le prescribiesen las condiciones.

En la familia actual el hombre tiene poder de mando; mujeres y niños son mantenidos en dependencia esclava, la autodeterminación es calificada de desobediencia; los caminos elegidos por uno mismo, denunciados como peligrosos. El generador de hijos es provisto en la actual familia patriarcal con atribuciones centrales de mando. La vigilancia de la mujer y de toda su vida instintiva y la misma vigilancia de la mujer para el hombre y su conducta sexual se convierten en "deber

moral"; los niños son educados desde el comienzo en estricta subordinación y al mismo tiempo se fomenta en ellos el impulso de imitación con el ejemplo de la omnipotencia paterna y la aspiración a adquirir ellos mismos poder. En el pensamiento anarquista de Mühsam nunca es inmoral lo que hacen los seres humanos para procurarse mutuamente alegrías; inmoral es siempre la intervención de un tercero en su acuerdo.

La institución de las familias cerradas produce un orgullo de tribu que es muestra empequeñecida del Estado. Toda familia se figura en su encajonamiento más que la familia del vecino, y esto entraña la propensión a enriquecerse. Así se impide toda comunidad federativa de abajo arriba en la célula social germinativa; es obstruida la aspiración a la igualdad general de derechos por el estímulo a la competencia; es arraigado el pensamiento de la limitación hostil, sin lo que no puede haber ningún poder central, en el terreno de los intereses privados, del poder de los individuos. Así llena la familia en su forma autoritaria actual su misión de implantar en la juventud, con el sentido de la familia, al mismo tiempo el sentido del Estado, la voluntad de potencia del propio Estado, la enemistad contra otros Estados, la exigencia de conquista, opresión, explotación de los pueblos del otro lado de las fronteras estatales, el nacionalismo.

Así se desarrollan en la familia autoritaria el Estado y el nacionalismo, ambas formas de la sociedad autoritaria coactiva, que han de ser combatidas por la anarquía por ser enemigos de la libertad. La libertad es para Mühsam la concepción de todo pensamiento y volición anarquistas. Todas

las revoluciones son emprendidas porque la falta de libertad se ha hecho intolerable, y su grito animador de combate es siempre la libertad. Pero todas las revoluciones se han perdido hasta aquí o se han desviado del camino por el que los revolucionarios querían avanzar porque la demanda de libertad no ha sido satisfecha. La libertad por que luchan los anarquistas no es idéntica a las múltiples pequeñas libertades, sino a la unidad, que abarca todas las circunstancias de la vida, del orden de cosas emancipado de toda autoridad y de toda superioridad.

En su descripción de la libertad se detiene Mühsam en la objeción de que la libertad fracasa en la mayoría de los hombres por su falta de independencia y que por eso es necesario un líder. Sobre el problema del liderazgo, tan actual hoy, se manifiesta Mühsam indicando que los anarquistas rechazan una jefatura con poder de mando y de eficacia asegurada permanentemente, es decir todo gobierno de Estado, de burocracia y de comité de partido, toda dictadura y todo dominio de oligarquías. "Pero no rechazamos la utilidad del director de escena en el teatro ni del moderador en una asamblea o del capitán en un navío... Nadie es un portavoz de la futura revolución porque se haya comportado antes como combatiente decidido. Cada cual debe conservarse nuevo en cada nueva situación y conquistar de nuevo cariño, confianza y, si es apto para ello, la adhesión de sus camaradas... Hay portavoces, hay líderes, es decir, personas a quienes se sigue porque expresan más claramente la voluntad de todos o se consagran a la acción de manera más resuelta. Líder es el que predomina, no el que dicta leyes o lleva tras sí una cohorte... Hay personalidad de líder y misión de portavoz que ninguna

conciencia anarquista tiene por qué avergonzarse de reconocer y de alegrarse de ello. Desarrollar personalidad de líder o guía equivale a utilizar fuerzas individuales en servicio de la camaradería. Eso distingue la idiosincrasia del poder, pues el poder se eleva sobre una masa secuaz y exige obediencia ciega, mientras que la idiosincrasia sólo puede existir y obrar en la conexión de una comunidad que toma su fuerza de las capacidades de cada individuo. En tal comunidad no es el líder el que quiere ser amo sobre esclavos, sino el que, a causa de sus dones, sabe inflamar a los compañeros provistos de iguales derechos para la más alta medida de la alegría voluntaria de la acción. En el Estado y en las organizaciones centralistas hay cocheros y lacayos, pero no dirección de los espíritus por el ejemplo de la energía moral. El liderazgo para el buen comportamiento en la lucha y en la vida supone compañerismo igualitario y libre alianza de los hombres.

En la segunda parte de su escrito entra Mühsam en el camino que lleva a la realización del anarquismo. El anarquismo comunista de que se hace portavoz, es revolucionario en la concepción y en la finalidad. El camino hacia la anarquía es primeramente un camino de preparación revolucionaria de triple modo: por el proselitismo y la propaganda, por la autoeducación y por la lucha. Mühsam va aquí más allá que su amigo y maestro Landauer. Si Landauer ha rechazado como "marxista" la lucha de clases, deduce Mühsam con lógica sencilla, pero conclusiva: "La lucha contra el derecho de propiedad ha de llevarse a cabo por aquellos a quienes la propiedad les ha sido impedida; la lucha contra la explotación y la opresión por los explotados y oprimidos; la lucha contra los derechos de los amos por los esclavos y desheredados... La

liberación de la sociedad del Estado habrá de verificarse por tanto, principalmente, por la clase para cuyo aplastamiento necesita el sistema capitalista el Estado, cuya docilidad es movida por la autoridad de la iglesia y la escuela, por el fomento de las vanidades nacionales y de raza, por leyes, castigos, impuestos, por desocupación, hambre, miseria, falta de alegría, tutela y privación de dignidad. Libertarse del Estado es liberarse de la esclavitud de clase; la clase esclavizada debe ser vehículo de la lucha emancipadora. La lucha por la anarquía comunista, por tanto, se ha de llevar en el período de la preparación revolucionaria como lucha de clases".

Mühsam sostiene los sindicatos anarcosindicalistas y se pronuncia contra los anarquistas adversarios del anarcosindicalismo.

"La conducción de la lucha de clases en sindicatos propios, como lo hace el movimiento anarcosindicalista, es completamente inatacable desde el punto de vista del socialismo libertario, y no lesiona principios anarquistas el que se agrupa en uniones económicas de lucha con compañeros de iguales aspiraciones; quienes los lesionan son aquellos que atacan las organizaciones de oficio o de industria federativamente formadas, porque ellos mismos, por motivos más o menos plausibles, no quieren entrar en ellos".

Pero al mismo tiempo se defiende el poeta satírico contra el reproche que se ha hecho a los anarquistas de que niegan la lucha política. La política la define como preocupación por las cosas públicas. Cuando los marxistas reprochan a los

anarquistas que son adversarios de la política, es una calumnia que quiere servir para desacreditar al anarquismo. La fórmula anarquista en la lucha política fue siempre: "Rechazo de toda política que no tenga directamente por finalidad la liberación de la clase obrera." El anarquismo no excluye ningún medio de lucha que presente al combatiente la misión de intervenir personalmente de un modo directo. Por eso el anarquista. recomendará siempre la huelga, la resistencia pasiva, el sabotaje, el boicot y otras medidas semejantes de la lucha de clases. Mühsam, aun cuando nunca estuvo en una fábrica, lo mismo que Pelloutier, Griffuelhes, Sorel y todos los sindicalistas conocidos, se coloca en el punto de vista que la lucha de los trabajadores por un pago mejor de su trabajo o por la reducción de la jornada, aumenta el sentimiento del proletariado para la solidaridad y su energía así como su conciencia, y lo hace más combativo. La lucha de clases es una circunstancia creada por el capitalismo que los trabajadores deben tomar y continuar conscientemente.

En nuestro tiempo es de importancia establecer la proporción de la consagración de la personalidad a la lucha de clases y a la lucha de masas. El partido comunista se ha definido en toda ocasión contra los actos de personalidades revolucionarias individuales y los ha condenado. Eso acontecía en una época en que los nacionalsocialistas atacaban sin cesar a conocidas personas del movimiento obrero, las apaleaban y las asesinaban. En esa época era para los anarquistas alemanes de gran importancia tomar posición ante la protesta de la central moscovita y de la sucursal alemana contra el terror individual. Mühsam lo hizo en su escrito. "La acción individual violenta, dijo, según los marxistas es repudiable, porque

obstaculiza la acción planeada de las masas en la lucha revolucionaria y en consecuencia entrega a las fuerzas contrarrevolucionarias el pretexto bienvenido para las medidas de revancha, de manera que la clase entera ha de pagar por culpa del individuo. La base de esa condena de las muertes, incendios, expropiaciones y otros hechos por convicción política es muy visible. No emana de consideraciones morales, que en el pensamiento marxista solo juegan un papel muy subordinado; el terror de masas como medio político de lucha es expresamente aprobado por esos adversarios del terror individual. Es la hostilidad de los centralistas autoritarios contra todo gesto individual de una personalidad que obra de acuerdo a las propias reflexiones; que incluso desautoriza el sacrificio de la vida al servicio de las ideas revolucionarias, cuando el hecho no es resuelto, ordenado y vigilado por una autoridad."

El problema resultante luego es cómo se comportan los anarquistas en la organización, ya que ellos atribuyen gran valor a los actos y a las intervenciones de los individuos. La organización anarquista, o las organizaciones que se recomiendan por los anarquistas para toda la humanidad, han de edificarse sobre el respeto a la libertad de la personalidad propia. Ninguna central, ninguna jefatura en el sentido de supremacía ha de existir; pasión de mando, ambición personal y arrivismo no se producen en las organizaciones anarquistas, pues no ofrecen seguridad material de vida; perspectiva de encumbramiento no la hay, y por eso las gentes que quisieran elevarse a las altas esferas a espaldas del proletariado, se mantienen a distancia del movimiento anarquista. La organización anarquista no puede trabajar tampoco para el propio beneficio; ha de tomar parte en todos los actos

colectivos, animarlos, asentarlos, influenciar todos los movimientos en la vida pública, proyectar el espíritu de la libertad en todos los estados de ánimo revolucionario. No puede ser para los anarquistas tan esencial organizarse en asociaciones ideológicas; lo más importante para ellos ha de ser de qué modo ha de prepararse la transformación económica de la sociedad por los anarquistas.

Se ha hecho a los anarquistas siempre la objeción de que giran en la esfera de pensamiento pequeño-burguesa y que no alcanzan la dialéctica materialista. Se les reprocha diversamente que son utopistas, pues quieren mejorar primero a los hombres y "levantar mediante la expresión de todos los temperamentos, con ladrillos idealistas, la economía más justa en el socialismo y en el comunismo." Lo contrario es exacto, dice Mühsam. En manifiesta contradicción con las instancias marxistas centrales rechaza el anarquismo toda aspiración a reunir al proletariado de otro modo que sobre la base de fundamentos económicos.

Del mismo modo se dirige Mühsam contra aquellos entre los anarquistas que quieren postergarlo todo para después de la revolución. "Los anarquistas deben intentar crear ya en el presente órganos, planes para la estructuración federalista de la economía en el orden social que madura por la revolución. Como las necesidades de la alimentación del pueblo en las jornadas revolucionarias debieran ser ya objeto de la reflexión de hombres voluntariamente asociados, así tendrían los anarquistas que presentarse la tarea de imaginar la organización económica de la sociedad futura en los detalles y ejecutar los trabajos preliminares para el traspaso de la

economía capitalista a la socialista. La imaginación infantil, según la cual la posesión de las fábricas por los obreros y su simple continuación bajo la dirección propia habrá significado ya el tránsito de la revolución al socialismo, es tan absurda como peligrosa. La posesión de las fábricas es ciertamente un magnífico medio de lucha de la intervención directa, pero un medio de lucha ante el derrumbe y para el derrumbe. Después de la revolución se requiere la transformación completa de la economía. Preparar esa transformación es cosa del trabajo práctico presente de los revolucionarios libertarios. Que los anarquistas aprovechen el tiempo en investigar las posibilidades de reconstrucción social y estudien cómo pueden ser ubicados del modo más rápido todos los que trabajan, los viejos y los enfermos como los niños y las mujeres, en viviendas sanas; qué es lo que hay que hacer con los baluartes de la servidumbre estatal, los palacios de los príncipes y las prisiones, los palacios de justicia y edificios públicos; qué establecimientos del arte y del saber pueden ser transformados en establecimientos de instrucción general; qué iglesias en locales de reunión, en hogares de verdadera comunidad y en escuelas para la enseñanza contra la autoridad y la familia, o en focos de proselitismo de la libertad. Pues los anarquistas no entregan sus proposiciones reflexionadas y esmeradamente calculadas a instancias gubernativas, sino a la clase obrera responsable entera, que lo examina por sí misma todo, lo mejora, vigila la ejecución por aquellos órganos que ella misma resuelve, sin despedirse por eso ni siquiera temporalmente de la comunidad activa de todos. Esos órganos significarán la energía social impulsiva de la revolución, garantizarán y conservarán desde la hora de la victoria el orden de la libertad, la economía y la administración de la comunidad

en las manos de las formas sociales y obreras socialistas, crearán la anarquía comunista y serán en la comunidad anarquista los vehículos de la federación de las asociaciones humanas y obreras. Esos órganos son los Consejos libres de obreros, y campesinos."

Mühsam defiende el punto de vista de los consejos. En esto consiste la característica de su concepción anarquista. Entre los anarquistas de diversas tendencias hay todavía diversas interpretaciones sobre el sistema de los consejos. Algunos los aprueban, otros los rechazan. Mühsam era apasionado defensor del sistema de los consejos libres, que en su manera de ver nada tienen que ver con el gobierno de los soviets, tal como lo encontramos en Rusia hoy. Mühsam era incluso de opinión que sólo en el sistema de los consejos está dada la posibilidad para la revolución de asegurar la libertad. Es necesario dar a Mühsam mismo la palabra, para que se vea claramente su punto de vista en este importante asunto:

"Sobre la esencia, sentido y tareas del sistema de los consejos, dice Mühsam, existen las nociones más ambiguas, y hasta en las asociaciones obreras libertarias hay al respecto las interpretaciones más contradictorias, sobre si y en qué medida han de crearse los consejos y cómo han de obrar... Incluso allí donde la revolución dio la victoria a los obreros y a los campesinos bajo la solución: "Todo el poder a los consejos", los consejos se convierten en subalternos de Estado y de partido y, en lugar de determinar la actividad pública y de dirigirla en espíritu socialista, se han reducido a meros instrumentos del poder. Cuando, como ocurre a menudo, los anarquistas deducen de ello que toda la idea de los consejos se ha

evidenciado antilibertaria, cometen la misma falta de pensamiento que cometería el que quisiera deducir por el comportamiento de la justicia estatal que no puede haber nunca un derecho social. La falsificación de un pensamiento no puede refutar nunca ese pensamiento.

En tiempos de la revolución corresponde a los consejos la tarea especial de ejecutar las medidas coactivas de la clase proletaria necesarias para quebrantar las aspiraciones contrarrevolucionarias y para impedir que aparezcan, invocando los peligros de la revolución, nuevas instituciones de gobierno, hablando del poder de los consejos para fortificar tras ellos su propio poder, hablando de una dictadura del proletariado para poder hacer ellos mismos de dictadores."

Mühsam se coloca enteramente en favor de la demanda: Todo el poder a los consejos, una demanda que por muchos anarquistas es rechazada como bolchevista. Entre esa solución: Todo el poder a los consejos, y la fórmula: Dictadura del proletariado, existen estrechas relaciones, y esto es reconocido también por Mühsam. Se vio forzado por eso a tomar posición en el problema de la dictadura, lo que para él, que se reclama de su concepción anarquista, era tanto más necesario cuanto que muchos de sus compañeros rechazaban sus opiniones como no anarquistas. Oigámosle:

"Los anarquistas hacen bien en servirse lo menos posible de la expresión "dictadura del proletariado", aun cuando, en una exacta comprensión del concepto de los consejos y sin intenciones preconcebidas, apenas podría tratarse de otra cosa que del abatimiento de resistencias contra la

revolución proletaria por la clase proletaria. La opresión forzosa de las conspiraciones contrarrevolucionarias por la lucha armada, los tribunales de la revolución y cualquier otra especie apropiada de medidas de seguridad son necesarios en tanto que la clase vencida disponga todavía de medios de fuerza y se teman ataques a los derechos revolucionarios de la clase obrera. Una dictadura revolucionaria de clase contra clase es un estado de lucha inevitable, pero esa dictadura no es otra cosa que la revolución misma. Sin embargo, no se debe atribuir a ninguna persona revolucionaria, a ningún grupo, a ningún partido y a ninguna selección de la revolución el derecho a dominar y a perseguir proletarios socialistas, cualquiera que sea el pretexto. Los marxistas comprenden por dictadura del proletariado la dictadura de un comité central de partido, al que hay que reconocer poder de gobierno también sobre los consejos, el derecho a legislar, la percepción de impuestos y toda suerte de representación de la revolución hasta para declaraciones de guerra y para pactos con gobiernos extranjeros. Esa camarilla de partido habría de poder enquistarse como poder dominante supuestamente solo hasta la ejecución completa del socialismo. Pero como todo poder centralista de gobierno significa Estado, y con ello avance de la dominación, posición opresiva de los privilegiados, ataque a la igualdad, tal dictadura no es otra cosa que nueva preparación del camino para una clase opresora, para una nueva explotación y para todos los males suprimidos por la revolución. La realización del socialismo no se alcanzará nunca por tanto, bajo esa presunta dictadura proletaria, y el nuevo poder no abdicará antes de que sea expulsado por

una nueva revolución en favor de los consejos. El sistema de los consejos crea, y aquí se evidencia su acuerdo con los postulados anarquistas, sin empleo de burocracia alguna, sin aspiración particular alguna de los individuos, sin ninguna suerte de poder abarcativo. En la organización de los consejos es integrada toda personalidad, y el envío de este o aquel delegado para la vigilancia de este o aquel servicio, para la discusión de este o de aquel plan, para la deliberación de un problema con representantes de consejos localmente distantes, para la ejecución o inspección de un procedimiento considerado o resuelto necesario para la comunidad, para la fundamentación de una opinión o el examen de un proyecto de otro sector, no da a los delegados ningún privilegio ante aquellos que los han enviado y no libra tampoco a ninguno de los mandatarios de la responsabilidad por la acción del delegado...

Donde tiene lugar la explotación todavía en alguna forma, los órganos de los consejos deben ser sólo instrumento de los explotados y perjudicados, es decir, en tanto que se trate de consejos campesinos, deben abarcar ante todo a los pequeños campesinos, a los jornaleros y a los pobres de la aldea. Los obreros urbanos tienen que tener en cuenta especialmente, al erigir la sociedad de los consejos, que se observe atentamente el carácter federalista de la organización socialista desde el comienzo. El Estado de consejos, que pretenda una aglomeración centralista de los consejos en determinados territorios, abuso, de los consejos para su propia aniquilación y privación de derechos. Una sociedad de Consejos, una

República de Consejos –la palabra República no significa en modo alguno una forma de Estado, sino toda autoadministración de una comunidad por el pueblo–, una economía de consejos es sólo imaginable como institución federativa y no puede ser nunca un Estado o encontrar puesto en un conjunto estatal. La República de los Consejos se constituye de abajo arriba. Su punto básico son los consejos locales urbanos y campesinos. Pueden tomar conocimiento, según las condiciones y las necesidades, en asambleas de la población, ocasionales o regulares, de la actividad de los consejos de distrito o de fábrica, discutir, criticar, ensanchar y proponer resoluciones propias. Pueden nombrar comisiones para objetivos especiales, para tratar problemas parciales y pueden confiar a determinadas personas, bajo el control general atento, la ejecución de comisiones obligadas. Resolverá las cuestiones sanitarias, de edificación, de tráfico de la ciudad o de la aldea, los asuntos escolares y jurídicos, la defensa de las instituciones comunes, en una palabra concertarán entre sí todo lo que puede ser realizado naturalmente por los participantes directos y los afectados en el lugar. Por ejemplo: la justicia en el Estado no puede crear nunca derecho, porque hace juzgar los actos individuales, según indicaciones centrales de autoridades centrales. La justicia sólo puede intervenir en el fallo donde la personalidad que se ha vuelto socialmente culpable, pasa a hombres conocedores de las condiciones psicológicas y locales del hecho, sin ligazón a prescripciones uniformes; en caso necesario se impide los daños ulteriores al bien general... En el período de la transición revolucionaria los consejos locales y los congresos de consejos serán forzados más que

ulteriormente a atribuir a los individuos más aptos, mejor dotados como oradores y como organizadores para la captación de los todavía vacilantes, de los estatalmente anquilosados, de los no ejercitados en la confianza en si mismos, un caudillismo enteramente inofensivo. Será cuestión que los anarquistas vigilen para que no surja allí una autoridad, una jefatura de mando, un abuso, y que el espíritu revolucionario no olvide nunca su misión, que es la de ser el espíritu de la libertad".

"Si se ha comprendido la esencia de los consejos como concepto de la armonía viviente de personalidad y sociedad, entonces pierde todo contenido el problema si la demanda: "Todo el poder a los consejos" puede ser hecha por anarquistas.

Tal vez no es bueno usar la palabra poder en ningún momento. Pero esa demanda ha surgido justamente en la significación que todo poder de Estado debe ser quebrantado, que toda función determinativa y ejecutiva debe ser asumida por la revolución, es decir, por la clase revolucionaria, por el proletariado y el campesinado, y por sus órganos revolucionarios, los consejos, que encarnan a su vez la totalidad de los que trabajan... Pero como el reconocimiento de la dictadura del proletariado se ha convertido en el signo distintivo de todos los socialistas de Estado, que han hecho prácticamente de ella el poder de dominio de una camarilla partidista, y como la solución "Todo el poder a los consejos" sólo es proclamada por los socialistas antiautoritarios, es superflua la preocupación de que aquí debe ser suplantado un Poder derribado por un nuevo Poder. Sin embargo, sería

aconsejable, para excluir toda interpretación confusionista, que los anarquistas convinieran en la solución: Todo derecho a los consejos, o también: "Todo a los consejos", "todo por los consejos", o, lo que viene a ser lo mismo: "Todo para todos por todos".

En las páginas que anteceden se ha dado una exposición densa, pero no conclusiva, del mundo ideológico y espiritual de nuestro camarada Erich Mühsam. Sus ideas no son algo absolutamente nuevo para los lectores familiarizados con el pensamiento anarquista. Nuevo es, tal vez, sólo la afirmación consecuente de la idea de los consejos y el esclarecimiento del concepto sobre la dictadura del proletariado, que por él es rechazada como dominación de un partido o de una camarilla, pero que reconoce como violencia en la revolución y como medidas coactivas para asegurar las conquistas revolucionarias. Se advierte en la demostración de Mühsam que sus argumentos proceden de un tiempo en que una clase obrera derrotada deplora las ocasiones perdidas y se esfuerza por aprender de las faltas del pasado. Mühsam se apoya en Bakunin, pero se apoya en las experiencias de la revolución rusa y de la alemana, e intenta elaborar una táctica revolucionaria y una organización apropiadas, no sólo para defender el conjunto de las conquistas revolucionarias, sino también para salvar las nuevas formas sociales surgidas y creadas por la revolución de las desviaciones hacia nuevas formas de esclavitud.

No debemos terminar una exposición de la profesión de fe anarquista de Mühsam sin señalar un punto particularmente importante: la moral anarquista. Presenta la exigencia hecha

por todos los anarquistas de evitar en todas las circunstancias los medios tortuosos de lucha, las calumnias, las difamaciones, los senderos torcidos para la confusión de compañeros y enemigos, pues esa especie de "medios de lucha", introducida por los partidos políticos en el movimiento obrero, pero sobre todo por las conocidas recomendaciones de Lenin que se han hecho habituales en los partidos comunistas de todos los países, perjudican la fuerza de choque de una idea, cuya fuerza es su pureza. "Los partidos marxistas autoritarios no atribuyen ningún valor a la moral en la lucha. Dan de arriba abajo a sus adeptos líneas generales del comportamiento, por las que creen poder asegurarse disciplina y obediencia. La sumisión a esas prescripciones, cambiables en circunstancias dadas, se llama disciplina proletaria; toda reflexión personal ante la iniciación de una lucha por convicciones, la anatematizan como prejuicio burgués. Con esa especie de división entre moral burguesa y moral proletaria, se hace el juego más peligroso. La igualdad y la reciprocidad pueden ser calificadas de moral proletaria en oposición a la moral burguesa con sus métodos de esclavización. "Pero si se les dice a los proletarios que en su lucha contra la opresión y la expoliación son permitidas las mentiras y las calumnias, la doblez y la traición, y en todo caso hasta dentro de las propias luchas de tendencia son instrumentos de clase, no se puede acentuar mejor, que aquí se opera con la moral corruptora de la burguesía, justamente con la moral corruptora que hace necesaria la revolución contra la burguesía. Los anarquistas rechazan una moral que niega los conceptos originarios de derecho y de injusticia, porque la tolerancia mutua, y la veracidad ante todos es condición de la victoria. El orden de la libertad depende de la sinceridad de todos los que quieren instaurar la libertad. De

declaraciones verbales no surge un mundo nuevo. Los anarquistas, que quieren crear el nuevo mundo de la libertad, de la igualdad, de la reciprocidad, de la justicia, de la veracidad y de la asociación de todos con todos, tienen que revestir sus declaraciones de hechos. Es decir, que deben llevar su vida como desean que la vivan todos en la sociedad sin Estado del comunismo".

Y esta es la más bella estatua que podemos levantar hoy a Erich Mühsam después de sus grandes padecimientos y de su muerte trágica: pues él mismo dio el más sublime ejemplo de que vivía fiel y sencillamente, pero de un modo abnegado, de acuerdo a sus doctrinas. Cualquiera que fuese el reproche que le hiciera el adversario, no se atrevió nunca a dudar de su integridad, de la claridad de su acción. Justamente por eso, puede servir a todos como el modelo que busca el hombre nuevo, que reúne en sí el ideal y la realidad, y que vive según su doctrina.

Tal hombre nuevo, era Erich Mühsam.

## V. EL MARTIRIO DE ERICH MÜHSAM EN EL TERCER IMPERIO

Mucho antes de llegar al poder los nacionalsocialistas, los representantes más conocidos del movimiento revolucionario del proletariado han sido amenazados públicamente de muerte. Erich Mühsam era uno de aquellos que más peligro corrían. No fue ni diputado ni ministro en la República de Weimar; pero fue presentado como uno de los herejes y corruptores más peligrosos de Alemania. Ya años antes, fue Mühsam colocado en una lista con Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg, Gustav Landauer y los demás asesinados en la revolución de 1918 y 1919, lamentando los nacionalsocialistas que Mühsam estuviese todavía vivo. Se incitó a los núcleos de choque nacionalsocialistas contra él. Se publicó su retrato en la prensa hitleriana para que las hordas lo reconociesen y lo asesinasen donde pudieran. Debía ser una de las víctimas de la famosa noche "del cuchillo largo", la noche de San Bartolomé que quería organizar el nacionalsocialismo alemán.

La incitación al asesinato de Mühsam fue llevada al extremo por el diario "Der Angriff", dirigido por el entonces ministro de propaganda, sosteniendo que era responsable de los

fusilamientos de rehenes en las jornadas revolucionarias de Munich, en 1919. Esa falsa afirmación, que se publicó por primera vez en diciembre de 1932 en la prensa nacionalsocialista, ha sido desmentida por la compañera de Mühsam, enviando a la prensa una aclaración, en la que se demostraba que Erich Mühsam había sido arrestado ya el 13 de abril de 1919, por el Gobierno bávaro, mientras que los rehenes fueron fusilados el 25 de abril. Mühsam se encontraba, por tanto, en la época de los fusilamientos de rehenes, en la cárcel, y no podía ser hecho, claro está, responsable de esa acción. Pero la prensa nacionalsocialista continuó, sin embargo, contra toda evidencia, la incitación al asesinato de Mühsam. Tanto a la prensa nacionalsocialista, como también a los SA y SS en los campos de concentración, se les envió fotografías de Mühsam, con la leyenda: "El asesino de rehenes Erich Mühsam".

Mühsam sabía que el azuzamiento de que era objeto debía llevar a su asesinato. Cuando se hizo más claro que el proletariado no opondría resistencia alguna a la toma del poder por los nacionalsocialistas, y que no tendría lugar ninguna lucha en que pudiera participar, resolvió Mühsam abandonar Alemania para escapar al asesinato amenazante. Lo hubiera logrado de haber dispuesto de los medios necesarios para hacer el viaje. Pero pobre, como fue toda la vida, tuvo que reunir primero el dinero que necesitaba y que era indispensable para proveer a lo más necesario en los primeros días.

Finalmente, logró reunir los medios, y se decidió a huir a Praga. La víspera de su partida estuvo en mi habitación. Le

rogamos que pasara la noche con nosotros, pero no quiso, pues no quería intranquilizar innecesariamente a su compañera. Ese escrúpulo le fue fatal.

Tenía ya en el bolsillo el billete para el viaje y me lo mostró con satisfacción visible, por ir a una ciudad donde se habla alemán, pues no podía, según su propia confesión, vivir mucho tiempo en un ambiente donde no oyese hablar alemán. Para él, como creador, era el idioma en que escribía, un elemento vital indispensable. Era la noche del incendio del Reichstag. Cuando nos encontrábamos reunidos, no sabíamos nada del terrible crimen que se iniciaba por los nacionalsocialistas, en ese momento, contra el pueblo alemán y contra toda la civilización. Mühsam se fue a su domicilio en la intención de tomar a la mañana siguiente el tren para Praga. Pero dos horas antes, lo fue a sacar de la cama la policía, lo detuvo y lo llevó a la prisión policial de Berlín.

En las primeras semanas de su detención, estuvo en la prisión policial de Berlín y en la cárcel preventiva de Spandau. Hasta allí estaban los presos bajo la administración penal ordinaria; los guardianes eran todavía republicanos, que no hacían ninguna diferencia entre los presos, de modo que el trato de Mühsam y de los demás presos políticos no era peor que el de los demás reclusos. Pero fue distinto cuando Mühsam y un número de compañeros de cautiverio fueron transportados al campo de concentración de Sonnenburg, que hasta allí fue un presidio y ahora había sido transformado en campo de concentración.

Ya en el transporte, fue Mühsam brutalmente maltratado por

las guardias hitlerianas que le acompañaban (eran secciones especialmente seleccionadas de choque). Un preso, que fue transportado con Mühsam a Sonnenburg, contó que Mühsam tuvo que hacer el trayecto de la estación de Sonnenburg al campamento con su valija, al paso de los soldados. Cuando no podía hacerlo, y alguna vez tropezó y cayó –era miope y oía difícilmente– fue obligado por la soldadesca, a golpes, a marchar. Un SA sacó el revólver y quiso matar a Mühsam. Otro se lo impidió. Incluso el "Sonnenburger Anzeiger", una hoja nacionalsocialista, escribió sobre los malos tratos a Mühsam en ocasión de su entrega en el campo de concentración.

En ese campamento, comenzó para Mühsam un verdadero infierno. Prisioneros puestos en libertad, o fugados, han informado sobre los martirios a que fueron expuestos los presos. Periodistas extranjeros han visitado el lugar; pero los presos no se atrevieron a decirles nada, pues sabían que después serían martirizados por ello mucho más. Erich Mühsam sufrió más que ninguno. Un compañero de prisión, escribió sobre el calvario de Mühsam:

"Casi sexagenario, muy débil y con fuertes afecciones cardíacas, era obligado a ejecutar los trabajos más duros. Tenía que partir leña, fregar los pisos, limpiar las ventanas, todo bajo el "trato individual" de los SA. Al hacer ejercicio, era aislado del grupo, escarnecido, injuriado y tratado a bofetadas y puntapiés. En mi presencia, fue apaleado una vez de tal modo, en la celda, que cayó al suelo y creí que lo habían matado. Cuando yo y algunos camaradas intentamos levantar del suelo al hombre desvanecido, se nos impidió hacerlo. Los torturadores buscaron un cubo de

agua y se lo echaron encima para hacerle volver en si. Era en octubre y hacía ya bastante frío. Casi a cada cambio de guardia, era llamado a la entrada, donde se le maltrataba a bofetadas. A causa de esos golpes continuos, Mühsam perdió totalmente el oído. Después de un grave apaleamiento, hizo Mühsam un escrito de queja al comandante. Lo entregó al encargado del pabellón, el cual no dio la queja al comandante, sino a la guardia que había maltratado a Mühsam. El jefe de la guardia entró en la celda con la queja en la mano, y enfurecido, maltrató de nuevo a Mühsam y le obligó a retirar la denuncia. Continuó siendo apaleado y golpeado en todas formas a cada cambio de guardia. Estuvo allí una semana..."

Otro prisionero, que logró escapar de ese infierno, escribió una extensa exposición sobre los malos tratos en las prisiones y en los campos de concentración del Tercer Imperio. Dice, bajo la firma de Peter Cornelius, sobre Mühsam:

"En la sección donde yo estaba, había un joven compañero que prestaba servicios de ordenanza –contó el tío Bremer–. Volvía justamente al corredor ante mi celda. La compañía de guardia estaba en el patio y adiestraba a los presos.

Como inválido de guerra, estaba libre de ese ejercicio. Ningún SA y ningún empleado de policía se encontraba por allí. Sólo se oían los gritos, los cañonazos de injurias y palabras de comando del patio.

El ordenanza y yo nos habíamos hecho amigos, y por él

sabía yo todo lo que pasaba en el campamento.

Llegó a la puerta de mi celda, levantó la chapa de la mirilla –el llamado judas– y dijo: "Oye, lo quieren hacer enloquecer, lo quieren fusilar. Lo intentaron, pero se ha reído de todos y triunfó por su superioridad".

Corrí al agujero y pregunté: "¿De quién hablas, muchacho?, por favor".

–De Mühsam, dijo, de Erich Mühsam.

Comprendí. Era la roca en el mar tempestuoso a que uno se aferraba. Era para todos nosotros un modelo. En él se pensaba cuando en las noches de progromo los látigos silbaban por el aire, cuando las vergas de goma caían sobre las espaldas, sobre los brazos y sobre las piernas.

–Era por la madrugada –continúo el ordenanza–. Una sección de SA entró en la celda. El jefe delante; leyó, con gesto duro, una orden, que era una sentencia. Según ella, Mühsam debía ser fusilado en media hora.

Mühsam no miró siquiera al hombre, ni le hizo digno de una mirada. Estaba muy lejos con sus pensamientos. En sus labios se advertía una sonrisa.

"Termine de una vez, dijo al jefe del grupo; mi ruta ha sido larga y estoy cansado".

Creyeron que Mühsam se echaría al suelo, que pediría gracia e imploraría compasión. En cambio, estaba de pie

ante ellos, un hombre de grandeza insuperable.

Confundidos y agriados, se marcharon.

Llevaron a Mühsam al patio. El grupo de SA que había de llevar a cabo la ejecución, estaba allí listo. Cargaron los fusiles. Mühsam fue colocado de cara a una pared. Encima, el cielo azul, donde se habían reagrupado blancas nubecitas, que parecían un rebaño de ovejas en busca de la protección del pastor contra todos los peligros. Una bandada de cuervos voló sobre el presidio hacia el norte. Arriba, había todavía libertad.

Un SA tomó una pala, se la alargó a Mühsam, y gritó:

–¡Aquí! Toma esa pala, cerdo judío, y cava tu propia fosa.

Mühsam tomó la pala, cuidadosamente, como una madre a su hijo. Luego, la empuñó con mano firme y dio con ella al SA en las piernas, rompió su camisa de prisionero, mostró el pecho abierto y gritó, tan alto que se oyó en todo el campamento:

–Aquí estoy. Disparad, perros; pero mi fosa no la he de cavar yo mismo.

Estaba allí como un acusador ante el grupo de ejecución. Los SA enmudecieron, quedaron confundidos y no supieron qué hacer.

Finalmente, el jefe dio una orden. Se volvió a Mühsam a la celda. Por su fuerza de alma y por su superioridad

espiritual, había vencido.

Se oyeron pasos en el corredor, y el ordenanza dejó caer la chapa de la mirilla.

De orgullo y de alegría, me mordí los labios hasta hacerlos sangrar.

El tío Bremer calló un momento; luego continuó:

–"Sí, Peter, nos pueden asesinar y maltratar. Pueden destruir nuestras familias, encerrar a nuestras madres, hijas, padres e hijos; pueden hacernos todo lo que quieran, pero nuestra fuerza moral y nuestra convicción no nos la pueden robar. En esto somos superiores, y esa es la fuente que nos hace fuertes; por eso, al fin, seremos los vencedores y marcharemos hacia la libertad y hacia el socialismo".

Otro compañero de prisión, cuenta que a Erich Mühsam, los torturadores pardos, le quisieron obligar a cantar la canción "Horst–Wessel", y como se rehusara, fue tan bárbaramente apaleado, que se desvaneció. Pero durante la noche, cantó la canción de batalla del proletariado revolucionario, "La Internacional", en el silencio mortal del establecimiento. Fue entonces sacado de la celda y apaleado nuevamente, hasta que hubo de ser llevado a la enfermería.

Después de eso, no se le volvió a Sonnenburg, pues fue disuelto. Mühsam estuvo de paso en la prisión de Plotzensee, cerca de Berlín. Allí estaba la vieja guardia, y Mühsam lo pasó algo mejor. Pudo escribir su diario y no fue torturado. Un

compañero de prisión, escribe sobre él, en un artículo que apareció en el periódico comunista "Gegenangriff":

"Yo lo vi por primera vez en Ploetzensee. Todos los días, después de la segunda hora libre, a eso de las diez, circulaba un hombre solitario con pasos rápidos por el gran patio. El cuerpo algo encorvado, las manos a la espalda. Los guardianes vigilaban. A veces levantaba el hombre algo la cabeza y miraba la serie de ventanas enrejadas, pero luego volvía a agacharla y daba la sensación de reflexionar hondamente. "Ese es, Erich Mühsam" –me dijo un vecino de celda, en la hora libre.

A comienzos de septiembre, fuimos transportados a Brandenburg, al viejo presidio. En las primeras tres semanas, apenas se le conoció en Brandenburg. Cuando, por la mañana temprano, poco después de levantarse, sonaba el: "¡Judíos, afuera!", tenía que echar mano a un estropajo y a un caldero. Su cuerpo estaba maltrecho por los largos años de prisión. Su oído dañado. Dificultosamente podía inclinarse. Lo comprendimos pronto y saltamos en su lugar, disputándonos su trabajo; pero no valió de nada. Cuando los carceleros lo vieron, fue sacado extra y tuvo que limpiar de nuevo las escaleras limpias ya. Si no lo hacía rápidamente, llovían sobre él los puntapiés.

Una noche, rechinó de nuevo el cerrojo de la puerta de hierro: "¡Atención!". Todos se ponen de pie, –firmes. Aparecen dos carceleros. "¡Mühsam, al frente!" Uno de los carceleros, un huno de anchas espaldas, tenía en la mano

un ejemplar del *Arbeitertums*. "Mühsam, aquí hay un artículo sobre ti." Y dirigiéndose a nosotros: "Tenéis entre vosotros a un gran señor!" "Mühsam, ¿dónde estabas en 1919? ¿En Munich? Eras allí un ministro." Erich Mühsam está ante el carcelero y habla tranquilamente. "En 1919 era del Comité ejecutivo de la República de los Consejos de Munich." El carcelero: "¿Y qué hicisteis allí?" Mühsam: "Intentamos hacer la revolución proletaria." "Estupidez, grita el carcelero, y da un golpe con el brazo extendido en el rostro de Mühsam. El otro carcelero le aplica otro puñetazo. "Veintidós rehenes, cerdo, hiciste fusilar." Erich tropieza en un banco y cae sobre un colchón de paja. Los carceleros caen sobre él y continúan pegándole. Estamos firmes, apretados los puños y los dientes, y tenemos que contentarnos con observar. La experiencia nos enseña que el gesto más insignificante nos trae catorce días de castigo y nos deja en condiciones de ir al hospital.

Los carceleros levantaron a Erich y le dijeron burlescamente: "Vamos, no te mueras en el rincón." Y uno, rugió de nuevo: "¿Así que hiciste eso en Munich?" Un ojo de Erich sangra algo. En su voz hay un ligero estremecimiento. Habla: "Cuando los veintidós rehenes fueron fusilados en Munich, el Gobierno socialdemócrata de entonces me había encerrado ya en la cárcel." Un carcelero levanta de nuevo el brazo: "¿Estabas encarcelado, cerdo? Vuestros amos os hicieron encarcelar por miedo de que os diesen un balazo en la calle, y por eso, desde la cárcel, dirigisteis la revolución. ¡Cerdo judío!" Un puñetazo alcanzó otra vez a Erich. Cayó en el colchón de paja. Los carceleros se arrojaron sobre él a puñetazos y a

patadas. Se levantaron después, y dirigiéndose a nosotros: "Ahí veis qué miserables son vuestros jefes, tras los cuales habéis corrido. ¿Habéis al fin comprendido?" Ninguno de nosotros dice una palabra. Estamos allí con el rostro en tensión. Los carceleros se arreglan el uniforme, dan media vuelta y salen. Resuena el cerrojo de la puerta.

Una tarde, rechinó otra vez la puerta: "Mühsam, fuera; a cortarse el cabello." Por el judas y por la puerta oímos protestar a Mühsam. No valió de nada. Cuando volvió, estaba completamente desfigurado. La cabeza pelada y parte de la barba rasurada. Era cada vez más difícil entenderse con Mühsam. El oído había empeorado a causa de los muchos golpes.

El 24 de octubre, fue un día horroroso. Por la tarde, se sintió de nuevo: "¡Judíos, afuera!" A través de la puerta de hierro, oímos golpes con cadencias regulares. Después de una hora, volvieron nuestros cuatro judíos. Mühsam quedaba fuera todavía. Uno me contó: "Primero teníamos que jugar como niños, dándonos uno a otro con el dedo índice; luego, con la mano entera. Generalmente, simulábamos los golpes, pero cuando el carcelero se dio cuenta, dijo: "Eso no es así. Tenéis que hacer como yo." Y dio a Mühsam, con toda la fuerza, una bofetada en la cara. Tuvimos que imitarle. Una media hora más tarde, volvió Mühsam tambaleándose. El rostro enrojecido e hinchado. Los ojos sanguinolentos. Cuando salieron los carceleros, cayó en su jergón de paja. Nos esforzamos en aliviarle. "Esos puercos me han echado gargajos en la boca."

Al día siguiente, su oreja izquierda estaba enormemente hinchada, y del conducto auditivo salía una gran ampolla. Los bordes de los ojos estaban azulados y ensangrentados. "¿Dónde te has procurado esas gafas?", le preguntaban, burlándose, los carceleros. Ocho días se le dejó sin auxilio en esa situación. Después, fue a la enfermería. Poco antes, me había dicho: "Tú sabes: ante la muerte, no tengo miedo. Pero este lento asesinato, es horrible."

Otro prisionero del campamento de Brandenburg, contó que una vez un mono de una tropa de circo ambulante se escapó y llegó al campo de concentración. Los presos adoptaron al animal, y especialmente Mühsam, un gran amigo de los animales, disfrutaba con él. Para torturar a Mühsam, se maltrataba al animal, y se le mató a tiros ante sus ojos.

Once prisioneros distintos que estuvieron con Mühsam, han declarado ante testigos y han dado informes sobre las torturas espantosas a que fue sometido Mühsam en las diversas prisiones y campos de concentración. Mühsam fue diariamente martirizado, pero la conciencia mundial permaneció muda. Ninguno de los millares y millares que conocieron los campos de concentración ha sido tan terriblemente torturado como Erich Mühsam.

La compañera de Mühsam, que estuvo siempre valientemente a su lado, después de su asesinato ha salido de Alemania y escribió en "Aufruf", una revista de la Liga de los derechos del hombre, que aparece en Praga, en idioma alemán, sobre el testamento de Mühsam:

"Cuando, por ejemplo, en enero de este año, (1934) se concedió expresamente que recibiera café caliente, me arrancó un SA el termo de la mano con estas palabras: "Alto, que no vaya a tomar licor el judío asqueroso". Me cuesta mucho escribir sobre la manera inhumana cómo fue torturado Erich. Cómo se le rompieron los dedos pulgares, cómo se le escupió en la boca, cómo se le hizo lamer el polvo, etc. Muchos de sus compañeros de prisión me visitaron después de su liberación, y me describieron con estremecimiento el ánimo inquebrantable de Mühsam. Cuando Erich volvió una vez hacia sus compañeros sangrando y semi-inconsciente, después de una de las sádicas sesiones de tortura, al querer protestar altamente uno de sus compañeros indignados, le dijo Mühsam: "Deja eso; juguemos más bien una partida de ajedrez; es mejor".

No es posible citar todas las torturas a que fue sometido Mühsam, de un modo bestial. En el campo de concentración de Oranienburg, a donde fue llevado últimamente, no lo pasó mejor. Allí había de encontrar la muerte. En la gran noche de asesinatos del 31 de julio de 1934, quiso Hitler liquidar a sus amigos demasiado íntimos y a sus enemigos. Los SA no eran bastante seguros ya para Hitler. Han torturado a Mühsam y a millares de víctimas más, pero sabían demasiado y confiaban todavía en el nacionalsocialismo. Por eso fueron disueltos por las secciones de SS, la guardia de corps privada de Hitler. Esos sujetos, comprados por Goering, destinados a atormentar a los prisioneros, asesinaron a Mühsam en la noche del 9 de julio. Se puso, como informaron los compañeros de prisión, una cuerda a su cuello y se tiró de ella hasta que fue

estrangulado. La noticia de la prensa nacionalsocialista de que Mühsam se ha suicidado, es una mentira. Poco antes de su muerte, dijo Mühsam, en ocasión de una visita de su compañera: "Ocurra la que ocurra, no creas nunca en mi suicidio".

El calvario de Erich Mühsam en el Tercer Imperio, es de lo más espantoso que podemos imaginar. Desde los tiempos de la edad media y de las hogueras de la Inquisición, no se ha perseguido y torturado a los hombres a causa de sus ideas como lo han hecho los nacionalsocialistas con sus víctimas, especialmente con Erich Mühsam, el cual, no sólo por su vida y su acción, sino especialmente también por sus sufrimientos, se ha convertido en una figura heroica del proletariado internacional. En él se pensará y de él se hablará con respeto y cariño cuando la memoria de sus asesinos sea maldecida por la humanidad entera.

Murió como caballero de la libertad, como combatiente sincero y rebelde. Era un portavoz, sin miedo y sin tacha, de los oprimidos y de los perseguidos; un militante valeroso en la lucha emancipadora del proletariado; un poderoso heraldo del socialismo libertario y del anarquismo, y fue, ante todo, un mártir valiente de la libertad. Fuerte y elástico era su espíritu; como bala de acero en el pavimento de piedra, así rebotaba su ingenio en toda superficie de choque y en todo contacto con el adversario. Lo que lo distinguía singularmente, era su firmeza de carácter. Maestro del idioma, poeta de alto vuelo y escritor significativo, no quiso ser autoridad para nadie. Provisto de armas espirituales hirientes, sabía bien que la lucha por la supresión de los Poderes de la opresión y de la explotación era

todavía difícil y costaría muchas víctimas. Una de esas nobilísimas víctimas, fue él mismo.

El movimiento anarquista internacional, pierde en Mühsam un combatiente y un representante que, a pesar de la edad, a pesar de los sufrimientos pasados y de los rastros que dejaron en él, habría luchado en las contiendas próximas a nuestro lado. La vida de Mühsam era ejemplo y modelo para todos nosotros. Honremos su memoria prometiendo continuar luchando por la liberación de los oprimidos y de los explotados, como él lo hizo.

Sept. 1934



Agustín Souchy